UN RELATO DE COMEDIA ROMÁNTICA CONTEMPORÁNEA

Amor en el APAGÓN

EVA ALTON

Tabla de Contenido

Amor en el Apagón: Comedia Romántica Contemporánea (Historias de Amor y Café, #1)

1

2

3

4

5

Epílogo

Amor a pie de página

1

2

Un regalo para mis lectores

Bonus: La banda sonora

Nota de la Autora

Amor en el apagón

COMEDIA ROMÁNTICA CONTEMPORÁNEA

Un Relato de la Serie *Historias de Amor y Café*

EVA ALTON

© 2024 Eva Alton
Todos los derechos reservados
Registration number: 5CP1GttP5qpLwYTr
Esta obra está protegida por derechos de autor. Queda prohibido copiar, reproducir, transmitir o adaptar total o parcialmente el contenido por cualquier medio, electrónico o mecánico, sin la autorización expresa del autor.
Esta es una obra de ficción. Los nombres, lugares, marcas y acontecimientos que aparecen son producto de la imaginación del autor o se han usado de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, lugares, eventos actuales o cualquier otra circunstancia es pura coincidencia. Las marcas, redes sociales y elementos de la cultura popular mencionados en esta obra se incluyen únicamente para enriquecer el contexto narrativo, sin relación oficial ni aprobación expresa de sus titulares. Esta es una publicación independiente publicada por:

AUTORISSIMO

HISTORIAS DE AMOR Y CAFÉ

Amor en el apagón

UNA NOCHE, UN APAGÓN y... ¿un romance inesperado?

Sophie, una enfermera de paso por Barcelona, se refugia en su cafetería favorita tras un largo turno. Pero cuando la ciudad entera se queda a oscuras, lo que parecía una pausa no deseada se convierte en una noche de confesiones, risas y una chispa inesperada con David, un músico despistado pero lleno de encanto.

Con la electricidad fuera de juego y una ciudad entera en penumbra, Sophie y David descubrirán que, a veces, las conexiones más sinceras surgen en la oscuridad... porque, ¿acaso no dicen que el amor... es ciego?

Otros Libros de Eva Alton:

SERIE HISTORIAS DE Amor y Café

Amor en el apagón (relato)
Amor a pie de página
Amor en construcción
Mi compañero de piso imperfecto

Serie Serenata Nocturna
Iris – Hechizo de Sangre
Selena – Luna de Lobos
Mina – Espíritus de Sombras
Fantasía Histórica
Notas Ocultas
Serie Los Vampiros de Emberbury
Bruja Extraviada
Espejo de Bruja
Mascarada de Brujas
Elementos de Bruja
El Beso Azul Cobalto
La Ayudante del Vampiro

Únete al club exclusivo de lectoras VIP de Eva Alton y disfruta de una novela gratis y ofertas especiales. Más información al final de este libro.

Elogios de la crítica sobre Eva Alton:

«Lo leí en unas horas porque, cuando empiezas, no puedes parar. Una historia brillante que mezcla risas, amor y momentos de pura emoción. Un acierto total.»

«Él es un amor, tan adorable... Y ella, una mujer fuerte y decidida. Juntos forman una pareja peculiar que te sacará muchas sonrisas y que se queda contigo incluso después de terminar el libro.»

«Comedia romántica que no podrás dejar de leer. Lectura ágil que te sacará muchas sonrisas y te encogerá el corazón emocionándote en más de una ocasión.»

«Me ha encantado. Fresca, dinámica, divertida y rápida. Te hace pasar un rato estupendo, y no puedes parar hasta el final.»

«Me ha encantado la evolución de los personajes y cómo encuentran su camino hacia la felicidad. Es imposible no enamorarse de la transformación de los personajes y del universo del Carpi Café.»

«Una historia dinámica y muy divertida. El salto de Eva a la comedia romántica ha sido un gran acierto. Estoy deseando leer más sobre esta serie.»

«Es necesaria una cierta oscuridad
para ver las estrellas.»
—Osho
«La oscuridad te muestra las estrellas
pero también la esquina del sofá.
Intenta que sea solo lo primero.»
—Sophie

1

Sophie

Estoy prácticamente segura de que la cucharilla que llevo en el bolso tiene poderes mágicos. Y pienso demostrarlo ahora mismo.

Hoy ha sido mi último día de trabajo en el hospital y, después de doce horas cuidando a otros, necesito endulzarme un poco la vida y poner pausa a los problemas, aunque sea por un momento. Por eso me cuelo en la cafetería treinta minutos antes del cierre; después iré a casa, haré la maleta y lo dejaré todo atrás. Empezaré otra vez desde cero, en otro lugar, pero con las mismas cosas... y sola, como siempre.

Lo bueno de mudarse tanto es que nunca tienes que cargar con demasiadas pertenencias. Lo malo es que resulta agotador, y siempre te quedas con una sensación extraña: una mezcla de satisfacción y alivio, pero también de incertidumbre porque no sabes dónde estarás mañana. El oficio de enfermera no es tarea ligera de por sí; pero en mi caso, sin un puesto estable, las cosas se vuelven todavía más resbaladizas. Aunque sabía que este momento llegaría, me siento rara dejando atrás cada historia, cada paciente y cada pequeño rincón de ese edificio que en los últimos meses se han convertido en todo mi universo.

Pero hace años que decidí que esta sería mi vida, y me encanta, aunque los horarios absurdos hayan aniquilado mi vida personal. Y no hablemos de mi vida amorosa, que es más escasa que las horas de sueño en una semana de turno doble.

Tomo el metro desde el hospital y me bajo en Passeig de Gràcia. No muy lejos de allí se encuentra mi cafetería favorita: el Carpi Café, alias *el templo de los bollitos de mantequilla y el café recién molido*. Es un pequeño rincón acogedor muy cerca de mi piso alquilado, y también mi parada obligatoria cada noche. El último café del día es mi momento de paz, y no me lo saltaría por nada del mundo.

Esta noche, mientras paseo por Barcelona, observo que está tan iluminada que casi parece que sea de día. Intrincadas luces navideñas se extienden por las calles con una intensidad exagerada, y parece que cada calle esté compitiendo a ver quién crea la composición más increíble... y quién consume más electricidad en menos tiempo. Qué maravilla. Qué explosión de colores y formas... Hay estrellas fugaces, copos de nieve y... ¿eso de ahí es un lazo, o es un...? Bueno, a lo mejor algunas formas geométricas son algo desafortunadas, pero, en general, reconozco que la ciudad está preciosa. Cada rincón del centro brilla con guirnaldas y estrellitas titilantes, y me da la sensación de que no me encuentro en el mundo real, sino en medio de un cuento de hadas urbano.

Al llegar al Carpi Café, siento el acogedor calorcillo del ambiente y respiro el aroma a café y a pastas recién horneadas. A esta hora, la cafetería casi está por cerrar y prácticamente no queda nadie. Pero el personal ya me conoce, y siempre tienen tiempo para un último cliente. En particular, si soy yo, porque saben que saldré pitando en cuanto agiten las llaves en el aire.

Saludo a Amaya, la simpática camarera de pelo azul que sustituye al telediario en este barrio. Me lanza una sonrisa al verme entrar. La he visitado tantas veces en estos meses que ya somos medio amigas, y eso que siempre me niego a comprar sus productos de belleza de venta por catálogo. Pero creo que no me guarda rencor por ello.

—¿Qué tal, Sophie? —me saluda con esa familiaridad tan reconfortante que, seguramente, es una de las razones por las que siempre vengo: mi vida en Barcelona ha sido tan ajetreada que no he tenido mucho tiempo de conocer a otros seres humanos, aparte de gente con bata y otros personajes que pululan por los pasillos de los hospitales.

—Último día. *C'est fini* —le digo con aire teatral.

—Bua... ¿Entonces te vas? ¿De verdad nos dejas? Ahora que ya me había aprendido tu café favorito... *Espresso* doble cargadito, ¿a que sí?

—¡Bravo! Tienes buena memoria.

—Tía, es que eres una valiente, a estas horas ya nadie pide café con cafeína menos tú —dice Amaya mientras aprieta el botón de la cafetera y empieza a llenar el vasito de papel.

—Eso es porque nadie duerme tan poco como yo —contesto riendo—. Llegas a un punto que no sabes si es de noche o de día...

—Ya te digo... Y con esas luces navideñas que han puesto, es que parece que sea mediodía a todas horas. ¡Es brutal!

Miro las luces de la ciudad a través de los ventanales del Carpi Café y asiento, distraída.

—Son preciosas —comento—, aunque se deben de estar gastando la mitad del producto bruto nacional solo en luces...

Amaya hace una mueca despectiva.

—Bah, ahora todo es LED, eso no gasta nada —dice, y asoma la cabeza a la cocina—. Dice David que entre todas gastan como una linterna de los años noventa, ¿verdad, David? ¿David? ¿Dónde te has metido?

Como si las luces no estuvieran de acuerdo, en ese mismo momento las de la cafetería parpadean. Amaya derrama un poco de café por el suelo, sobresaltada, y suelta un juramento.

—Te haré otro —dice refunfuñando, y se gira de nuevo hacia la cafetera, con un vasito nuevo en la mano—. En fin, tía, no me extraña que estés soltera, con estos horarios que os dan —continúa Amaya—. Aunque vamos, yo estoy igual... Cuando llego a casa, mi chica ya está roncando, y si libro por la mañana, ella está fuera. Parecemos espectros que se cruzan sin tocarse...

—Mira, yo para llegar a las once de la noche y encontrarme a un tipo durmiendo y la casa hecha un desastre, paso —le digo con un gesto despectivo—. A mí lo que me hace falta es un hombre que, cuando llegue, me espere con la cena preparada y la casa reluciente. Ya sabes —añado, riéndome de mi propia fantasía—: Mi sueño es abrir la puerta y encontrarme a un tipo de buen ver en delantal, sujetando una bandejita de canapés en una mano y la escoba en la otra...

En ese instante entra David, el otro camarero.

Lleva un delantal negro, una bandeja de magdalenas en una mano, y una fregona en la otra.

Caramba, qué casualidad.

Me pongo roja como un tomate, y él me mira con una expresión muy rara, apretándose el cinturón del delantal con aspecto incómodo.

—Esto... ¿me llamabais? —dice David, colocando las magdalenas sobre el mostrador como quien no quiere la cosa—. ¿Qué hacemos con toda la bollería que ha sobrado?

David es alto, moreno y atractivo, pero a veces me pregunto si me tiene manía, porque nunca, nunca me mira, y, sinceramente, se me hace un poco raro cuando me toca pedirle a él mi café.

—Sí, tío, ¿dónde estabas? —le pregunta Amaya mientras me pasa lo que he pedido—. Déjalas por ahí, o mejor, me las llevo yo a casa. Por cierto, quería preguntarte si hoy puedes cerrar tú, que he quedado con mi chica.

—Uff... no sé —David frunce los labios en una expresión muy curiosa, que recuerda a un niño enfurruñado—. Es que tenía ensayo con el grupo. Me viene fatal.

—Venga va, que mañana libras. Y ya solo quedan dos clientas, que ya se van... y Sophie —insiste Amaya, señalándome—. Pero Sophie no cuenta. Ella se va en cuanto se lo digas, ¿a que sí, Sophie?

Cojo la bandeja y escaneo el local en busca de mi sillón favorito antes de contestar.

—Esto... claro. Me acabo el café y desaparezco sin dejar rastro. Ni siquiera notaréis que estoy aquí —digo, lanzándoles una mirada lo más encantadora que me sale. Con mis ojeras, probablemente parezco un mapache hambriento—. Ahora mismo me voy a mi rincón, y...

Amaya asiente y me lanza una mirada preocupada.

—Sí, bueno... Justo ese sofá se lo ha llevado la jefa esta mañana. Quiere comprar una Boca de la Verdad o no sé qué y ponerla justo ahí. ¿Te imaginas? —Suelta una carcajada—. En fin, que tendrás que conformarte con los otros sillones. El tuyo se lo han llevado.

Vaya. Me encantaba ese sillón de color ocre, a juego con la decoración del local. Es mucho más cómodo que el del piso donde vivo. Aunque eso no es difícil, porque allí la mayoría de cojines se los comió el perro hace tiempo, o están llenos de babas.

—Recuerda reciclar el vasito cuando te vayas —añade Amaya—. Y ni se te ocurra dejar una sola mancha en la mesa, que si no el encargado me mata mañana —dice con tono severo, aunque sus ojos brillan con picardía.

—Prometido —respondo con solemnidad, y agito la servilleta de papel en el aire para que vea que voy en serio.

—Oye, por cierto... —dice Amaya con tono confidencial, como si me estuviera ofreciendo algo de contrabando—. He traído unas cremas antiojeras buenísimas. No te lo digo por nada, pero, si te interesa, las tengo ahora mismo al treinta por ciento...

La observo con una ceja enarcada y sacudo la cabeza. Vale. O sea que sí que parezco un mapache.

—Ehm... no, ya tengo bastantes, pero gracias.

Me siento al fondo, y pongo el bolso sobre la mesa. Saco primero la cajita cuadrada con el regalo de mis compañeros de trabajo: me han comprado un colgante con mi inicial como regalo de despedida. Abro el broche y trato de ponérmelo, sintiendo una profunda y repentina nostalgia. Sin embargo, el cierre se me resiste, y se me escapa un improperio. Escucho un carraspeo detrás de mí, y dejo el colgante sobre la mesa, algo exasperada.

—¿Necesitas ayuda? —pregunta David, que se acerca despacio, barriendo el suelo, y mira de reojo el colgante.

Este tipo es raro. Rarísimo. ¿Lleva meses casi sin mirarme, y ahora se ofrece a ponerme un collar?

—Gracias, me apaño bien sola —respondo, porque me resulta extraño imaginar sus dedos sobre mi nuca. Aunque el pensamiento no es del todo desagradable. Pero es por culpa de los turnos de noche. Si es que no tengo vida social. Ya lo dice mi madre.

—Vale. Como quieras —responde David con indiferencia—. Oye, ¿eso es *S* de *suerte*? —Señala la letra dorada, bordeada de cristales Swarovski—. ¿O de... *sanidad pública*?

—Es S de *sueño* —respondo con más sarcasmo del que quisiera.

Mientras hablo sujeto ambos extremos del cierre, aprieto la palanquita del diminuto mosquetón y me muerdo el labio mientras me concentro... Casi... Casi...

—Pues tienes buena cara, para dormir tan poco como dices —comenta David con tono neutral.

Su cumplido me sorprende tanto que la cadena se me escurre por la espalda y se me queda enganchada en el sujetador. ¡Maldición! Me retuerzo un poco y la siento correr por detrás, a la altura de los tirantes. Le devuelvo a David una sonrisa forzada, mientras pienso en sacar ese collar de ahí cuanto antes. Si no lo hago, lo perderé en cuanto me levante.

—Voy a ver si termino de limpiar el suelo —dice él, dándose la vuelta como si le diese igual mi presencia. Luego añade, en tono completamente indiferente—: Cierro en quince minutos. ¿Te va bien?

Asiento y él sigue con lo suyo. Ahora es mi momento. Con disimulo, me meto una mano por debajo de la camiseta y empiezo a rebuscar, sin quitarle el ojo de encima al guapo (pero rarito) del camarero.

¿Dónde puñetas se ha metido esa cadenita? Busco y rebusco, agradeciendo que la cafetería esté vacía, porque debo de parecer un mono rascándome las pulgas en el zoo.

Justo entonces, David se gira de golpe, y yo saco la mano rápidamente, pillada in fraganti. Me mira con curiosidad, con la cabeza ladeada, pero no dice nada.

—Oye... ¿vas a necesitar el baño? —me dice, fingiendo que no acaba de verme hurgando por debajo de mi propia camiseta—. Me gustaría pasar el mocho y dejarlo listo para mañana, pero si quieres entrar antes de irte...

¿Me está echando o me lo parece a mí?

—Eh... esto... —*Mierda. Mierda*. A lo mejor debería ir al baño para quitarme la ropa y encontrar ese dichoso colgante, ahora que lo pienso—. Bueno, realmente sí, ahora que lo dices...

Las luces parpadean de nuevo, esta vez más fuerte. La cafetería se queda a oscuras por unos segundos, y suelto un gritito de sorpresa. Escucho un ruido detrás de mí y veo que David también ha saltado, dejando caer la fregona.

La luz regresa, David recoge sus herramientas de trabajo y ambos nos miramos, un poco nerviosos.

—Vaya susto, ¿eh? —bromea—. Bueno, entonces te espero hasta que salgas del baño y luego termino con el suelo.

Asiento, agradecida y me levanto, pisando con cuidado el suelo mojado.

Justo en ese momento, un extraño chasqueo, como un chispazo, se escucha desde la entrada, y las puertas automáticas del Carpi Café se cierran de golpe. Me doy la vuelta, sobresaltada, y resbalo en las baldosas húmedas. Siento mis pies volar por los aires, mientras la oscuridad se apodera del local y de todo lo que nos rodea. Mientras espero el batacazo, noto que toda Barcelona se ha quedado a oscuras y que no se ve absolutamente nada, ni dentro ni fuera de la cafetería.

2

David

Ella no lo sabe, pero llevo semanas observándola de lejos. Vale, puede que meses. Pero es que Sophie es ese tipo de persona que ilumina cualquier lugar donde esté, incluso cuando vuelve agotada tras una dura jornada en el hospital. Morena, pecosa, y algo bajita, tiene un acento tan dulce y gracioso que hace que, diga lo que diga, no pueda dejar de escucharla. Cada vez que la veo entrar al Carpi Café, algo en mi interior se agita, y me muero de ganas por acercarme a ella, pero siempre me detengo. Soy bueno escuchando, tocando el chelo y sirviendo café, pero cuando se trata de acercarme a una chica... Sinceramente, se me da mejor desatascar desagües.

Recuerdo lo que le pasó a Lucas, mi compañero. Se enamoró de Lucrecia, una clienta habitual, y tonteaba con ella cada vez que venía. Un día, ella simplemente dejó de aparecer, y él se quedó con el corazón roto y una canción que no puede terminar de escribir. A veces pienso que me gustaría atreverme a hacer lo mismo que hizo él, pero, sinceramente, no me apasiona la idea de acabar igual. Ya me han roto el corazón suficientes veces, y es un deporte bastante peligroso.

Mientras Sophie conversa con Amaya y se ríen juntas, yo me dedico a limpiar el suelo y finjo no prestarles atención, aunque en el fondo me acerco tanto como puedo para escuchar su voz un poco más. Podría escuchar ese acento durante horas. Nunca me cansaría.

Pero acabo de oír como le dice a Amaya que se marcha de Barcelona, así que pronto dejaré de hacerlo. Siento una repentina angustia que me recorre al pensar que se marcha. ¡Se marcha! Tengo que hacer algo. ¿Qué le digo? ¿Qué le digo?

Me sobrecoge un raro arrebato de atrevimiento y le pregunto por el colgante.

Menuda estupidez.

No me extraña que se levante para ir al baño. ¿Está huyendo de mí? Yo también quiero huir de mí.

De pronto, las luces de la cafetería parpadean y, antes de darme cuenta, todo se ha quedado a oscuras. Se escucha un estruendo terrible de platos rotos, procedente de la cocina.

Sophie, que acababa de levantarse, se resbala con el suelo mojado y suelta un grito. Doy un salto hacia ella y la sujeto antes de que se estrelle contra las baldosas recién lavadas.

Se me corta la respiración al comprender que tengo a esta mujer menuda y preciosa entre los brazos. La misma mujer con la que llevo semanas fantaseando, está aquí, apretada contra mi pecho, y puedo oler de cerca el perfume de su pelo. Limón y miel. No, limón y manzana. En fin, no sé la receta exacta, pero es delicioso.

Pero, para ser sincero, jamás pensé que nuestro primer abrazo fuese a incluir un mocho.

Aunque tampoco es que hubiera planeado darle ningún abrazo. Nunca.

Soltaría la fregona para que fuera menos raro, pero eso significaría soltar también a Sophie, y no sé si quiero.

Así que me quedo quieto, abrazando a Sophie y al mocho.

—¿Estás bien? —pregunto, algo cortado, mientras me voy separando con desgana.

—Sí, ¡vaya susto! —exclama mientras recupera el equilibrio y se estira la camiseta, que se le había subido un poco con el traspiés.

Intento no fijarme en su torso firme bajo la camiseta. Ni tampoco estoy pensando en por qué, hace unos minutos, se estaba frotando el cuerpo por debajo de la ropa de la manera más extraña. No. No lo pienso para nada.

—No te preocupes, a veces se va la luz un momento —le digo para quitarle hierro al asunto—. No es la primera vez. Yo creo que es por la iluminación navideña de las calles. Se han pasado un poquito, ¿no crees?

Miro a mi alrededor: este apagón se extiende mucho más allá del Carpi Café. A través de los ventanales observo cómo la oscuridad se ha apoderado de Barcelona entera. La verdad, nunca había visto algo así, pero tampoco quiero preocuparla.

—¡Qué locura! —dice ella, con una mezcla de asombro y desconcierto—. ¡La ciudad entera! Pensaba que estas cosas solo sucedían en las películas... ¿Es que nadie controla el consumo?

Alzo los brazos, algo confundido.

—Pues no sé. Pero sí, parece que todo el barrio se ha quedado sin luz. Muy extraño.

Amaya reaparece desde la cocina con la linterna del móvil en la mano y cara de sorpresa.

—¡Ay, madre! Creo que acabo de romper al menos diez tazas con el susto —dice mientras se nos acerca, sujetando un libro con la otra mano.

—¿Por qué llevas un libro en la mano? —le pregunto desconcertado.

Amaya nunca lee. Nunca, nunca. Seguramente estaba usándolo como taburete, o para matar una araña.

Me muestra el libro, con una portada bastante surrealista, llena de dibujos de zanahorias con ojos y bocas.

—Pues me lo encontré mientras buscaba galletas de queso —explica encogiéndose de hombros—. Es ese libro tan raro sobre zanahorias parlantes que se dejó Klara, la editora mona que trabaja arriba. ¿Os acordáis? Se puso como una furia buscándolo... Seguro que se alegra cuando se lo devuelva.

Amaya parlotea sin cesar sobre la historia de las zanahorias y la editora que trabaja en el edificio de al lado, y mientras tanto mis ojos se encuentran con los de Sophie, que parece algo angustiada. Comienza a recoger sus cosas, aunque casi ni ha tocado el café.

—Bueno, chicos, gracias por la hospitalidad, pero yo me marcho —dice, y se dirige hacia las puertas de cristal. Estas, obviamente, no se mueven, ya que funcionan con la corriente—. ¿Alguien podría ayudarme a desbloquear las puertas automáticas? No sé cómo se hace.

—Claro. Yo te ayudo —me ofrezco, contento de poder serle útil.

Suelto el mocho con pesar, porque es lo último que me queda de ese abrazo inesperado.

Me acerco a las puertas y tanteo el marco, donde, si bien recuerdo, hay una palanca de emergencia. Ahora que me acuerdo, estuvo aquí el del servicio técnico hace poco, y dijo que...

Un momento...

—Me parece que está atascada —digo, apretando la mandíbula mientras tiro de la palanca con todas mis fuerzas.

—Anda ya —contesta Amaya—. Estarás de broma, ¿no? He quedado esta noche, y me están esperando.

Amaya intenta abrirla también, pero tampoco lo consigue. Ni siquiera cuando estiramos entre los dos.

—Ostras, pues es verdad —dice con los ojos como platos—. No me digas que estamos atrapados.

—Supongo que habrá una puerta trasera en algún sitio, ¿no? —pregunta Sophie, con los brazos sobre las caderas.

—Pues...

Amaya y yo nos miramos.

—¡Dijiste que llamarías tú al del servicio técnico! —la reprendo, furioso.

—Pensaba que ibas a hacerlo tú —contesta con cara de niña inocente—. ¿O era Lucas?

—¡Amaya!

Me dan ganas de gritarle que, definitivamente, se comprometió a hacerlo ella. Es más: está escrito con letras enormes en la pizarra, al lado de los horarios. Se lo tendría que haber escrito en la portada del catálogo de cremas, que es lo único que mira últimamente. Pero bueno, a estas alturas, da bastante igual. Saco el teléfono, dispuesto a resolver este caos de una vez por todas.

—Voy a llamar a los bomberos y que nos saquen —digo—. No pienso quedarme aquí toda la noche.

El teléfono tampoco da señal. Esta sí que es buena. Amaya y Sophie prueban los suyos, y les ocurre lo mismo.

—¿Y si nos ponemos a dar golpecitos en la ventana? —propone Amaya, y se pone a tamborilear sobre el cristal como si estuviera tratando de comunicarse con los aliens en código morse.

—Déjalo, por favor —le digo, porque sus ruiditos me están poniendo nervioso—. Seguro que la electricidad vuelve enseguida, de todos modos. Mejor nos sentamos cinco minutos, y las puertas volverán a abrirse solas. Y si en media hora no se abren, las rompo con el extintor.

Sophie me mira con una expresión indescifrable cuando digo eso. No sé si está impresionada o piensa que soy la reencarnación de Brutus.

Al final, y ambas mujeres asienten, aunque con algo de incertidumbre.

—Vaya tela —dice Amaya—, esto me recuerda a una de esas películas de terror. ¿Y si hay un asesino escondido en la cocina?

—Pues espero que lave los platos —replico.

—Bueno, voy a ver si encuentro la sierra mecánica, por si acaso —responde ella, y luego dibuja una sonrisa pícara—. Ah, no, que eso va con electricidad también. ¿Pensáis que podría defenderme con un cortapastas en forma de estrellita?

Pongo los ojos en blanco: la broma no tiene gracia, y encima estamos aquí encerrados porque a ella se le olvidó llamar al del servicio técnico.

—Vale, vale, era broma... Es que no tenéis sentido del humor —dice Amaya con un suspiro —. En fin, ya que no puedo hacer nada, me voy a echar un rato en el suelo y me pondré una mascarilla, así estaré más guapa para mi cita. ¿Alguien quiere comprar alguna? Las tengo en oferta. ¿Os lo he dicho?

Niego con la cabeza. Por Dios, ¿cuándo dejará de venderme sus pociones milagrosas? Hasta que conocí a Amaya, ni siquiera sabía que necesitaba aceite para la barba. *¿Aceite para la barba*, en serio? Y lo siguiente qué, ¿harina para rebozármela? Si es que es de lo que no hay.

—Si queréis algo, gritad, que voy a ponerme los auriculares —nos advierte Amaya, y luego desaparece en el almacén—. Pero intentad que no parezca un grito por asesinato, que si no me asusto. Mirad, hay que gritar así...

Suelta algo entre un aullido y un mugido, para hacer una demostración.

—Vale. Lo hemos pillado —le digo para que se vaya de una vez y deje de emitir sonidos espeluznantes.

Y, de pronto, Sophie y yo nos quedamos solos en la penumbra. Ella y yo. El camero cortado y la dulce enfermera agotada.

¿En serio, Universo? Habría necesitado quince días de preparación para este momento. Y no puedo creer que me brindes esta oportunidad hoy, cuando está a punto de marcharse de Barcelona. ¿No podría haber sido antes? ¿Y en un momento más propicio? ¿Y mejor iluminado?

Me siento en una silla cerca de ella, pero no justo al lado, y trato de parecer despreocupado, aunque el corazón se me quiere salir del pecho. Vale. ¿Y ahora qué le digo? ¿Qué le diría mi amigo Lucas si estuviera en mi lugar? Él sabría qué decirle.

—Esto... ¿siempre bebes café sola? Digo... *café solo* —le pregunto, e inmediatamente me siento como un tonto.

Vaya estupidez. *Bravo, David, acabas de quedar como un perfecto idiota.*

Pero ella asiente, sin tenérmelo en cuenta.

—Sí. Ya ni me afecta. Duermo igual.

¿Y qué más? Piensa, David, piensa... Miro hacia el mostrador, sobre el cual hay un montón de fotos de nuestros cafés especiales.

—¿Y siempre lo bebes solo? ¿Has probado alguna vez a añadirle canela? —le digo con tono casual—. A mí me encanta con canela.

Ella pone cara de espanto, como si acabara de proponerle un sacrilegio.

—Ugh, no. ¡El café se toma solo! ¿Por qué iba a añadirle canela? Eso es rarísimo.

—Bueno, lo hace más dulce —digo encogiéndome de hombros—. No sé. Por si querías probar algo nuevo.

¿Lo pillas, Sophie? ¿Lo pillas?

—Para eso está el azúcar —replica, y coge una cucharilla metálica.

Vale. No lo ha pillado.

Ahora que me fijo, esa cucharilla no es de esta cafetería. Ajena a mi tormento interno, Sophie echa un sobrecito entero de azúcar en el vaso y empieza a remover su café ceremoniosamente.

—Es la primera vez que veo a alguien traerse su propia cuchara —comento.

A lo mejor ha visto cómo lava Amaya los platos, y no se fía de la limpieza. Sí, seguro que es eso. No la culpo.

—Me trae suerte —contesta para mi sorpresa.

Me acerco un poco a observar la cucharilla, que parece antigua y está algo ennegrecida por los bordes repujados.

—¿Puedo verla? —pregunto.

Me la tiende. Lleva una curiosa inscripción que dice *«C. Chanceux»*. Paso el dedo por encima, palpando las curvas ornamentadas de cada letra.

—¿Qué significa esa inscripción? —pregunto, devolviéndosela—. No hablo francés.

Aunque me encantaría que me enseñases, pienso en silencio, como el idiota que soy.

—Literalmente, significa “C. Afortunado” —explica ella—. Por eso pensé que me traería suerte. Supongo que es el nombre de alguien. C debe de ser el nombre, y Chanceux el apellido. —Se encoge de hombros—. No tengo ni idea de quién pudo ser; la encontré en casa de mi abuelo, cuando la vaciamos para venderla. A él le encantaba esta cuchara, así que me la quedé de recuerdo.

—Un detalle muy bonito —le digo con nostalgia.

Quiero preguntarle más sobre su abuelo: qué relación tenían, si lo echa de menos, y por qué una mujer que se muda constantemente y casi no tiene pertenencias lleva a rastras una cucharilla metálica.

Pero no lo hago porque:

a) Soy tímido.

b) Soy un auténtico pánfilo.

Ella guarda silencio y le da un sorbito a su café.

De nuevo llega un estruendo desde el almacén.

—¿Pero qué puñetas, David? —grita Amaya al fondo, empujando algo grande y negro—. ¿Cómo se te ocurre dejar *esta cosa* aquí en medio? Por poco me cae encima y me aplasta.

—*Esa cosa* es mi violonchelo, y vale más que todos los productos de tu catálogo juntos —gruño de vuelta—. ¿Es que no puedes pasar por un ladito y dejarlo en paz, como la gente normal?

—¡No! Ya te he dicho que quería tumbarme en el suelo para hacer relajación. No hay bastante espacio.

Suspiro y me levanto, antes de que me lo rompa.

—Un momento —le digo a Sophie—. Amaya no es mala persona, pero puede llegar a ser muy, muy pesada...

Voy al almacén, cojo mi instrumento y regreso con él hasta donde está Sophie. Ella me mira con curiosidad.

—¿Siempre vas por ahí con un violonchelo a cuestas? —pregunta sonriendo.

—A veces practico en mis ratos libres. Durante el almuerzo... Ya sabes.

—Pues menos mal que no te dio por tocar el piano de cola. Sería muy poco práctico llevarlo en el metro.

—En mi próxima vida tomo nota mental de dedicarme a tocar el triángulo.

—O la pandereta.

Sonríe, y bajo la tenue luz, puedo ver los contornos de su rostro pecoso, su cabello oscuro recogido en una coleta desordenada tras el día de duro trabajo, y esa expresión cansada, pero llena de paz que tanto me atrae. Me pregunto cómo una persona puede irradiar tanta calma a cualquier hora del día.

—Oye... —me dice, animada—, ya que ibas a practicar, ¿por qué no tocas algo? Así no nos aburrimos.

Me rasco la nuca con nerviosismo.

—No, mejor no... Hay muy poca luz...

—Venga, si vas por ahí con esta cosa a cuestas debes de ser un auténtico profesional, ¿no? Seguro que sabes tocar también a oscuras.

—Bueno... Solo toco en bodas y eventos, nada del otro mundo.

—¿Sabes tocar el Canon de Pachelbel? —pregunta esperanzada.

Se le iluminan tanto los ojos que soy incapaz de decirle que no.

—A lo mejor, un poquito.

Lo piden en todas las bodas. Claro que sé hacerlo. Podría tocarlo con los ojos cerrados. Bueno, técnicamente, voy a tener que hacerlo, si la luz no vuelve pronto.

Abro la funda con cuidado y aparto un poco la silla para sentarme frente a ella. Luego acomodo el instrumento entre mis piernas y hago una pequeña reverencia con la mano derecha, dibujando un círculo en el aire antes de posar el arco sobre las cuerdas.

En cuanto las primeras notas suenan, el mundo exterior desaparece. Toco para ella, y me olvido de todo. Cada nota resuena en la cafetería vacía, llenando el silencio de ecos y voces. La música lo envuelve todo, y parece conectarnos como una red invisible.

Cuando termino, abro los ojos y la encuentro observándome con las manos entrelazadas y la boca abierta de la emoción.

—Eso ha sido... sencillamente precioso. Gracias, David —dice en un susurro—. Me ha encantado.

Luego acerca las manos hacia las cuerdas, rozándolas con curiosidad.

—Nunca había estado tan cerca de un violonchelo —dice, mirando el instrumento con fascinación—. ¿Puedo probar?

Sus dedos son preciosos y delicados, y si no estuviera tan oscuro, seguramente podría ver cómo me sonrojo al tocarlos para ponerlos en el sitio adecuado.

—Mira... Ponlos así —le digo, conteniendo la respiración mientas guio sus manos, que están más frías de lo que esperaba.

De pronto, Sophie hace un movimiento brusco, y quiero decirle que el violonchelo no se toca así, pero ya es demasiado tarde. Empieza a contorsionarse como si tuviera un bicho dentro de la camiseta.

—¿Te pasa algo? —le digo sin entender.

—Yo... Esto... Tengo algo enganchado en... —¿Me lo parece a mí o está poniéndose roja? —. Oye, ¿cómo saco de aquí los dedos?

Su mano se ha quedado atrapada entre las cuerdas y el mástil. Ni siquiera sabía que eso era posible. Espero que sea un poco más hábil haciendo curas a los pacientes. Y otras cosas. Aunque bueno, eso a mí me da igual.

DAVID, CÉNTRATE.

—¡Quieta! —le digo, antes de que me destroce el instrumento.

—¡No puedo sacar el dedo!

—Vale, no te muevas. Yo te ayudo.

Tomo las cuerdas con una mano, y sus dedos con la otra. Son tan livianos, tan hermosos... Imagino por un instante cómo sería si pudiera tocarlos cuando quisiera. Si tuviera suficiente confianza para poder coger su mano, y luego recorrer su brazo hasta llegar a sus costados y abrazarla contra mi pecho, sintiendo el palpitar de su corazón contra el mío. Después, algo tembloroso, acercaría mis labios a los suyos, y quizás entonces...

—¡Por fin! —exclama Sophie, desenredando su mano de las cuerdas. Se frota los dedos como si le doliesen, y yo sonrío mientras agradezco que la telepatía no exista—. ¡Nunca pensé que un violonchelo pudiera llegar a ser tan peligroso!

3

Sophie

Maldita sea. ¿Dónde narices se ha metido ese colgante? Por un instante pensé que un bicho me corría por la espalda, pero era solo la cadenita de oro. Al moverme para escudriñar el cielo, se debió de desenganchar del tirante del sujetador, cayendo cuesta abajo por mi torso.

No tengo ni idea de dónde se encuentra ahora el dichoso colgante, pero por culpa de eso, he terminado con los dedos enganchados en el violonchelo, y el roce de las manos de David me ha catapultado a un torrente de fantasías incontrolables. Y encima, mira esos brazos: levanta el violonchelo como si fuera una pluma. ¿Y lo del extintor? ¿Qué me dices de eso? ¿Cuánto debe de pesar un extintor? ¿De verdad podría derribar las puertas él solo? ¿Podría levantarme a mí con igual facilidad?

Sí, definitivamente llevo demasiado tiempo sin tocar a nadie que no tenga sarpullidos o cuarenta de fiebre, y está empezando a afectarme al entendimiento.

Unos pasos lentos y pesados se oyen desde la trastienda, y me giro para ver quién es.

—¡Amaya! —grito, alarmada—. ¿Eres tú?

A la luz de mi móvil, ilumino el espacio a mi alrededor. La cafetería está completamente vacía, salvo por mí, David y, claro, Amaya. Pero esos pasos torpes no parecían los suyos. Una figura delgada aparece lentamente en la sala, con una especie de tela blanca en el rostro.

—¡Por Dios! ¿Eres un fantasma? ¿Has muerto y regresado de la tumba? —pregunta David con espanto, y luego la observa mejor, con ojos entrecerrados—. ¿Pero qué llevas puesto? ¿Es una mortaja?

Amaya se cruza de brazos, visiblemente irritada.

—Es una mascarilla hidratante, ¿es que no lo ves? —protesta, señalando su rostro cubierto de una fina tela blanca, parecida a las toallitas que se usan para limpiar el trasero de los bebés, pero con agujeros para los ojos y la boca—. Lo de la crema es cosa del pasado. Ahora lo que se lleva son las mascarillas de lámina, las *sheet mask*. ¡Es que estáis desfasados!

—Jamás he oído esa palabra, pero a mí esa cosa me recuerda a la sábana santa, esa que encontraron en una iglesia templaria —comenta David—. ¿Esta es de la colección navideña, o está en oferta porque es de Halloween?

—Hay que ver qué mala es la ignorancia —replica ella, haciendo rodar los ojos.

—¿Cuánto te gastas en tintes y cremas? —pregunta David, y su curiosidad suena sincera.

—¡Menos que el ayuntamiento en luces navideñas! —replica ella, alzando la barbilla y frotándose el pelo azul.

No puedo evitar reír. Incluso en la penumbra, con las luces de emergencia titilando, la escena es absurdamente graciosa.

—Bueno, chicos, ya veo que no os interesa la juventud eterna —dice Amaya, agitando una mano en el aire—. Os dejo con vuestras cositas, que me parece que estorbo. Menuda velada romántica os habéis montado, con música y cafetitos... Vamos, solo os faltan las velas...

David me hace un gesto, que viene a significar: “Ahora es cuando nos vende las velas”. Asiento y me río, y un segundo después Amaya dice:

—¿Sabéis que tengo unas velas con aroma navideño al 2x1?

Lo sabía. ¡Lo sabía!

—¿No? —insiste—. ¿Ni siquiera las de clavo y canela?

David y yo nos miramos con aire triunfal. Luego miramos a Amaya. Ni siquiera hace falta que digamos nada, porque levanta las manos y se da la vuelta.

—Vale, vale, ya me voy. Si es que no sabéis aprovechar las oportunidades únicas que os presenta la vida... Oye, y si puede ser, bajad el volumen de la musiquita, que estoy intentando meditar.

—Claro que sí. Ahora mismo le bajo el volumen al chelo —contesta David muy serio.

Amaya se marcha con su sábana en la cara, y cierra la puerta del almacén tras ella.

—¿Eso se puede hacer? —pregunto—. ¿Bajarle el volumen?

—¡Qué va! —Se ríe y levanta el arco en el aire—. A ver, si fuera eléctrico, sí. Pero con el mío, lo único que se puede hacer es tocar más suave... —Acerca el arco a las cuerdas, rozándolas con la misma suavidad que tocó mis dedos antes. Las primeras notas del Canon de Pachelbel vuelven a sonar, esta vez más suaves—. ¿Lo ves? Puedes apretar un poco menos. Pero no, no tiene un interruptor de volumen, obviamente.

—¿Podrías tocarla otra vez? Me encanta esa pieza. Es mi preferida.

Él sonríe dulcemente. La luz de emergencia le resalta los pómulos y el contorno de su rostro. Tiene una mandíbula angulosa y el tipo de sonrisa que desarma a cualquiera.

—¿Solo esa? —pregunta con curiosidad sincera—. ¿O conoces alguna más?

—Bueno, también me gustan algunas piezas de Albinoni, de Purcell, y de Vivaldi... Pero el Canon es especial. —Hago una pausa, pensativa, mientras miles de recuerdos del abuelo reviven en tropel—. No sé, el vaivén de la melodía tiene algo reconfortante, como si te abrazara con cada nota. Puedo escucharlo cientos de veces y encontrar algo nuevo cada vez. La escucho casi siempre después de un día malo. Me ayuda a centrarme, a descansar la mente. Me encanta como parece repetirse una y otra vez.

David me observa con algo que parece admiración, y asiente satisfecho.

—Es raro encontrar a alguien que entienda de música clásica hoy día —susurra con tono nostálgico—. Parece que ahora ya solo les interesa el *reggaetón* y esas cosas.

Resoplo por la nariz. Preferiría un turno de noventa y seis horas a escuchar un disco de reggaetón entero.

—En realidad, el mérito es de mi abuelo. Fue él quien me enseñó a apreciar la música clásica —digo quedamente.

—¿El mismo que te regaló la cuchara?

Asiento, recordando al abuelo Sébastien y nuestro ritual de cada tarde. Al salir del instituto, siempre pasaba por su apartamento; incluso al final, cuando él ya apenas sabía quién era yo y solo miraba la pared en silencio, mientras su cuidadora le preparaba la cena con apatía.

Pero antes de eso, el abuelo Sébastien solía ponerme aquellos discos enormes y negros que chasqueaban cuando la aguja tocaba la superficie. Mientras las primeras notas de alguna pieza clásica llenaban su salón —con su empapelado amarillento, de los años en que aún fumaba sin parar—, me enseñaba a reconocer a Bach, Mozart y Debussy. Cuando miro atrás comprendo que fue la época más feliz de mi vida. Solo que entonces aún no lo sabía.

—El mismo, sí —respondo escuetamente.

—Suena como un buen tipo. Le gustan las cucharas y la música clásica. Me cae bien.

—Bueno, ya falleció. —No quiero estropear la velada, así que añado rápidamente—: Hace ya mucho tiempo de eso, así que no te preocupes.

David asiente, comprendiendo que prefiero cambiar de tema.

Tomo la cuchara entre mis dedos y la hago girar, acariciando la inscripción grabada: *C. Chanceux*. Llevo años preguntándome quién pudo ser ese tal *C. Chanceux*. ¿Charles? ¿Claude? Ahora me arrepiento de no habérselo preguntado al abuelo cuando aún teníamos conversaciones coherentes.

Recuerdo cómo de niña golpeaba la mesa rítmicamente con esa misma cuchara, y, años más tarde, la usaba para mezclar las medicinas de mi abuelo, mientras él me miraba con ojos vidriosos y me llamaba por nombres que no eran el mío. Podía llamarme como a mi madre, mi abuela o mi tía, pero yo siempre le contestaba. Al final, todos esos nombres eran de mujeres que él había amado, y aunque no supiera cuál de ellas era yo, sabía que era *una de ellas*.

—Bueno, lo importante es que te dejó una buena herencia: el buen gusto para la música —susurra David, sacándome de mi bucle infinito de recuerdos.

—Y mi vocación por la enfermería —digo por pura inercia, guiñándole el ojo.

—¿En serio?

David se inclina hacia mí, como si realmente le interesara saber más. Hace un buen rato que no funciona la calefacción, y siento un escalofrío. Creo que él se da cuenta, porque me detiene antes de que pueda responder.

—Estás helada —dice, rascándose la barba bien recortada. Me toca la mano, aunque se aparta rápido—. Tienes los dedos como témpanos. Espera un segundo, te traigo mi chaqueta. Pero quiero escuchar más de tu historia...

Regresa con un chaquetón de ante y lo deja caer sobre mis hombros. Es tan grande y pesado que me siento como si acabara de lanzarme una tienda de campaña por encima, pero es suave, agradable y huele a él... supongo.

Me arrebujo en la chaqueta, rodeada por ese aroma y su calidez.

—En sus últimos años siempre iba a cuidarlo —explico—. Le daba sus medicinas, le ponía sus discos favoritos...

No le cuento que falleció una tarde que no fui. Que esa vez había preferido ir al cine con Kévin Lemoine, quien terminó metiéndome mano en la última fila, mientras yo intentaba ignorar el olor a ajo de su aliento. Fue un desastre de cita, y cuando regresé a casa, mi madre me dio la noticia. Aún hoy siento una punzada de culpa por haberlo dejado morir solo, con la única compañía de su cuidadora indiferente. Y todo eso para oler el aliento a ajo de Lemoin durante noventa y siete minutos.

—Así que fue tu abuelo quien te dio la idea de ser enfermera —dice David, pensativo.

—Más o menos —respondo, arrebujándome un poco más en la chaqueta—. Digamos que, gracias a él, comprendí que mi misión en la vida es cuidar de los demás. Me hace sentir útil. Me gusta.

Veo que David está muy serio, como si quisiera decir algo, pero al final no lo hace. Decido aligerar el ambiente.

—Aunque tengo que reconocer que hay días que lo mandaría todo a paseo —le digo con tono de confidencia—. Hoy mismo, sin ir más lejos, no te vas a creer lo que me pasó esta mañana...

Se agacha un poco y me mira por debajo de sus cejas espesas. De pronto me asalta el pensamiento de que, vistos desde fuera, debemos de parecer dos adolescentes, contándose secretos junto a la hoguera, en un campamento de verano. Solo que, en vez de una hoguera, tenemos una luz verde en la que pone *Salida de Emergencia.*

—¿Qué pasó? —pregunta, siguiéndome el juego.

—Pues me dijo...

Hago una pausa para mantener la intriga, y frunce el ceño, molesto por la espera.

—¿Qué te dijo?

—¡Me dijo que si podía pintarle las uñas!

—¿Y lo hiciste?

—¡Pues claro! Pero lo peor fue que luego se quejó a mi jefa de que lo había hecho fatal, porque le pinté medio dedo. ¿Te lo puedes creer? ¡Ni que el hospital fuera un spa!

David se echa a reír, relajándose un poco más.

—Ya me imagino que en un trabajo así te encontrarás de todo...

—Si te soy sincera, hay días en los que me pregunto por qué no elegí algo menos agotador, como alquilar sombrillas en una playa paradisíaca. ¿Te imaginas? Me tumbaría en una y, cuando alguien viniera a alquilarla, diría: "¡Está reservada... para mí!"

Él sacude la cabeza y asiente, como si se sintiera identificado.

—¡Es un buen plan! Si quieres, puedo ser tu socio. Me tumbaré en la de al lado, y luego...

Se queda callado de repente, como si hubiera hablado de más. El silencio que sigue es un poco incómodo, y su expresión adquiere un aire melancólico.

—Tengo *hambreeeee* —se oye de pronto desde el almacén.

—¡Cómete una magdalena de chocolate, Amaya! —grita David, girándose hacia atrás—. ¡Han sobrado un montón! Las he dejado junto al horno.

Amaya reaparece en la sala, sin su mascarilla y con el cutis visiblemente más hidratado que el mío. Quizá debería aprovechar la oferta de 2x1, después de todo.

—Tengo hambre de salado, no de dulce —aclara, como si fuera totalmente lógico—. ¿Y si pedimos una pizza?

David y yo nos miramos con las cejas arqueadas, pero Amaya parece ir en serio.

—Amaya, ¿cómo piensas pedir una pizza si no hay señal? —le digo, divertida—. Porque a mí todavía no me funciona el teléfono.

—¿Y si la pedimos... a gritos? —bromea David, sacando su móvil inservible—. Pero que sea de masa fina, para que quepa por la rendija de las puertas automáticas.

—Ja, ja —dice Amaya, sacudiendo la cabeza. Luego añade en tono serio—. Bueno. Voy a ver si encuentro algo salado por ahí. Ahora vengo. ¿Queréis algo?

—Mira a ver si quedan bocaditos de queso y beicon —responde David, y luego me mira, asintiendo—. Están de rechupete. Ya verás.

Cuando Amaya se aleja, David se sienta un poco más cerca de mí. De pronto, la atmósfera se vuelve un poco más espesa, o al menos a mí me lo parece.

—Oye, Sophie... —dice de repente, mirándome a los ojos—. Estaba pensando... Ya sé que pronto te irás de Barcelona, pero antes de eso... ¿te gustaría venir a un concierto? Es este fin de semana. En el Ateneo.

Me sorprende, pero sonrío.

—¿Un concierto? —repito, halagada—. Me encantaría... pero para entonces ya estaré de vuelta en París. Tengo el vuelo mañana, y empiezo un nuevo trabajo el día veinticinco.

—¿El veinticinco de diciembre? —repite incrédulo—. Pero si es el día de navidad, ¿No?

—¡Ya! No sé por qué, pero la gente no entiende que en navidad está prohibido ponerse enfermo porque el personal médico se toma vacaciones —respondo con una risa irónica.

Él suspira y asiente.

—Ya... Pero tú también necesitarás un descanso de vez en cuando, ¿no? Llevas meses trabajando sin parar. Te veo llegar cada noche.

Me encojo de hombros, intentando sonar casual.

—¿Qué más da? Alguien tiene que trabajar durante las fiestas, y si uno tiene el don de cuidar a otros, debería usarlo, ¿no?

David sonríe, con una chispa traviesa en los ojos.

—¿Sabes lo que siempre dicen en los aviones?

—¿“A continuación pasarán nuestras azafatas con el carrito de duty-free”? —bromeo, tratando de adivinar.

—Sí, bueno, aparte de eso. —Se ríe—. Siempre dicen que te pongas primero tu mascarilla, antes de ayudar a otros.

—¿Tu mascarilla? —pregunto, sin entender, pensando en esa cosa rara que llevaba Amaya en la cara hace un momento.

No me digas que él también está tratando de venderme una.

—No, no de esas. Mascarilla *de oxígeno* —aclara él, con una sonrisa—. Quiere decir que, si tú no estás bien, tampoco puedes ayudar a nadie más, ¿no?

Lo miro, y me doy cuenta de que lo dice en serio, como si ya hubiera reflexionado sobre esto muchas veces. Como si llevase semanas deseando decírmelo. Pero claro, eso es imposible. Jamás habíamos hablado hasta ahora.

—Yo estoy genial —respondo con un gesto despreocupado, aunque mis palabras suenan un poquito vacías—. Aunque es una pena no poder acompañarte al concierto. Me habría encantado.

Lo digo con total sinceridad. David es guapo, agradable y educado, particularmente ahora que me mira cuando me habla. Y cuando se ha puesto a tocar el chelo, he sentido mil hormiguitas recorriéndome el cuerpo. Quizá fuera la cadena de oro deslizándose por mi espalda, pero el caso es que toca como nadie, y habría sido bonito quedarme a pasar el fin de semana en su compañía. Pero el deber me llama, y mis billetes de avión están reservados para el sábado por la tarde. Y no son reembolsables... Y mi sueldo es una pena.

—Otra vez será —dice él, aunque ambos sabemos que probablemente no ocurrirá: mañana yo me iré, y es poco probable que volvamos a vernos.

La tensión entre los dos es palpable. Siento que este es uno de esos momentos claves de la vida, en los que cualquier cosa que digas, cualquier decisión que tomes, puede cambiar el rumbo de todas las cosas para siempre.

Como cuando decidí besar a ese chico con aliento a ajo en vez de cuidar al abuelo, y fue una decisión pésima que llevo años arrastrando.

Pero... ¿Y si lo invitase hoy a casa? ¿Y si disfrutara por una noche, antes de dejar Barcelona para siempre? ¿Y si me regalase esta noche con David a mí misma, en una celebración que sirviera de broche a estos ajetreados seis meses?

Pero luego lo miro a los ojos y siento que David es el tipo de persona que se toma en serio estas cosas. No quiero darle falsas esperanzas para luego romperle el corazón y marcharme al día siguiente. No sería justo.

—Claro... Otra vez será —digo, jugueteando con el vasito de papel en mis manos.

Sin darme cuenta, empiezo a golpetear rítmicamente con la cucharilla de plata, como hacía en casa del abuelo, como hago siempre cuando me pongo nerviosa.

David alarga la mano y detiene mi golpeteo insistente. No aparto la mía, y de pronto nuestros dedos se están rozando, esta vez de forma intencionada.

Se inclina un poco hacia mí, y yo hago lo mismo. Me está observando fijamente. Me mira, y siento un torbellino en el pecho mientras me pierdo en la visión de esos labios sonrosados e invitantes, que se entreabren para mí. Me relamo el labio inferior, con la vista nublada. No hace falta mucho esfuerzo para imaginar cómo sería abrazarlo; sentirme acunada por esos brazos fuertes y protectores, capaces de convertirse en un paraguas a prueba de cualquier problema del mundo. Entreabro los labios. Estamos tan cerca... Tomo aire, y David cierra el espacio entre ambos hasta que puedo oler el perfume de su pelo, igual al de su chaqueta, y solo falta que me acerque un poco más para poder besarlo...

De repente, las luces parpadean y se encienden, iluminando la cafetería de golpe. La luz es tan blanca y fuerte que me obliga a cerrar los ojos. Mi móvil vibra con varios mensajes, indicando que la electricidad ha vuelto.

Nos apartamos bruscamente. El momento se ha roto.

Miro a David, y su sonrisa nostálgica me dice que él también ha sentido esa misma chispa; ese chispazo que no tuvo nada que ver con los cables eléctricos. Pero luego se encoge un poco sobre sí mismo, como si lamentara lo que casi ha ocurrido.

Me quedo mirándolo un instante más, hasta que Amaya vuelve y nos lanza una mirada rápida. Nos examina con ojo crítico, seguramente en busca de cotilleos jugosos.

—¡Por fin! —exclama aliviada, y luego frunce los labios, con aire de sospecha—. ¿Qué ha pasado aquí? ¿Me he perdido algo interesante?

—Nada —respondo, componiéndome, y me pongo recta en la silla—. Creo que debería marcharme, mientras pueda.

4

Sophie

—Bueno, pues ya está —dice Amaya en tono ligero—. Al final no ha sido tan grave, ¿no?

Nos lanza una sonrisa divertida, pero en su mirada hay una pizca de picardía que no alcanzo a descifrar.

Miro a David, quien me sostiene la mirada con una mezcla de añoranza y, quizá, algo más. La electricidad ha vuelto, Barcelona ha recobrado su brillo festivo, pero siento que, con este, se ha desvanecido también la magia del apagón que nos unió por un instante. La realidad ha vuelto como un cubo de agua fría.

—Te devuelvo tu chaqueta —digo, quitándomela de encima.

El frío me invade al quitármela, y, en realidad, no tengo prisa por regresar al piso vacío. Quisiera alargar este momento, pero seguro que estos pobres camareros estarán deseando irse a casa, igual que yo cuando terminan mis turnos.

—Te acompaño a la salida —dice David. Su voz suena un poco triste mientras se levanta y echa a andar—. Déjame comprobar si funcionan las puertas...

Da un paso hacia ellas, y estas se abren solas, con un suave zumbido.

—Perfecto. Todo ha vuelto a la normalidad —dice, aunque no parece particularmente contento por ello.

Asiento y dudo un instante antes de ponerme en pie. La nostalgia se apodera de mí: sé que esta es la última vez que lo veré. Durante seis meses, el Carpi Café ha sido mi refugio, y ahora me doy cuenta de que lo especial de este lugar no era el café ni el sillón ocre, sino la gente que me atendía.

Gente como David.

—Bueno, ha sido un placer hablar contigo un rato, David —digo, esbozando una sonrisa que no me sale del todo—. Gracias a ti, se me ha hecho corto el apagón.

—El placer ha sido mío, Sophie — responde, tan educado que casi duele, y su sonrisa amable tampoco le llega a los ojos.

—¿Galletita? —nos interrumpe Amaya, tendiéndonos unas pequeñas galletas marrones.

Las acerco a la nariz y noto un olor raro.

—¿De qué son? —pregunto, sin atreverme a morderla.

—No sé. Estaban al fondo del almacén. Yo creo que son esas de beicon que decía David. Pero al menos no son dulces. Es que se me sale el chocolate por las orejas.

David coge una, le da un mordisco y luego pone cara de asco.

—¿Esto no son las galletas de perro? ¿Las que ofrecemos a los clientes cuando dejan al perro fuera?

Amaya pestañea y se traga otra, sin inmutarse.

—Uy, pues igual tienes razón. Estaban en un tupper bastante grande, sin etiquetas. Pero están buenas, oye. ¿Seguro que no queréis? Total, pasan control de calidad, igual que las otras. Incluso más, porque nuestras magdalenas las traen congeladas y las aso yo...

Sacudo la cabeza, algo traumatizada por esta nueva información.

—No, gracias... yo paso.

—Vosotros os lo perdéis. Están de rechupete. —Nos observa un momento, luego se vuelve hacia mí—. ¿Entonces te vas ya? Buen viaje, tía... te echaré de menos por las noches. Me hacías compañía mientras fregaba.

Asiento y la abrazo.

—Sí. Gracias por todo, Amaya. Ha sido genial estar con vosotros. —Agarro el vasito de café vacío de la mesa y, en tono de broma, digo—: Creo que me lo guardaré de recuerdo... así podré pensar en vosotros cuando esté en París.

—Espera un momento. —David desaparece detrás de la barra. Se agacha a coger algo y se oyen algunos ruidos. Regresa con un vaso nuevo, limpio y con su tapa intacta—. Aquí tienes uno sin manchas, para que sea un recuerdo de verdad.

Lo miro, agradecida, intentando disimular el nudo que se me forma en la garganta.

Amaya nos observa desde la puerta con su bolso en la mano y los ojos entrecerrados como si estuviera maquinando algo.

—Oye, Sophie, ¿por qué no te pasas mañana? —sugiere como si nada—. Podrías... no sé, recoger otro “recuerdo” o algo así. —Lanza una mirada traviesa a David, dejando claro a qué tipo de “recuerdo” se refiere—. Aunque David libra mañana, si mal no recuerdo, ¿verdad?

David asiente, sonrojándose un poco, y yo suelto una risa nerviosa. Podría, sí. Pero no puedo hacerlo, por mucho que la idea de volver a verlo suene tentadora. Yo me marcho, y él se queda. Es mejor así, y ambos lo sabemos.

—La verdad es que no puedo —respondo—. Tengo que organizar mil cosas antes de coger el avión. Mañana estaré haciendo la maleta y, a las ocho, vuelo de regreso a París.

Me muevo un poco y las puertas automáticas se abren de nuevo. La brisa fresca de la noche barcelonesa entra en el café, con su olor a asfalto húmedo, a coches y a navidad.

Siento que algo se me escurre entre las piernas y cae a mis pies, colándose por el camal del pantalón.

¡El colgante! Por fin.

—¿Ese no es el colgante que te estabas poniendo antes? —pregunta David, agachándose a recogerlo.

Asiento.

—No lo encontraba...

Con sumo cuidado, David se acerca y me rodea el cuello con sus manos para abrocharme el colgante. El roce de sus dedos sobre mi piel es irresistible, y cuando su mano baja por mi escote, alisando cada centímetro hasta asegurarse de que quede centrado, me estremezco.

—Ahora sí. Puedes marcharte —murmura.

Trago saliva y asiento. Ni siquiera soy capaz de pronunciar una frase decente de despedida.

Al salir, todavía siento sus manos sobre mi cuello, una sensación que me acompaña todo el camino a casa. Camino con el vaso de recuerdo bien apretado en la mano, aunque ahora las luces de Navidad ya no me parecen tan alegres.

Camino por las calles iluminadas y bulliciosas de Barcelona, sintiéndome de repente muy pequeña en medio de todo ese alboroto navideño. Giro por una calle secundaria y camino hasta el apartamento que comparto con Pablo, mi compañero de piso. Es un pintor que vive entre ferias y exposiciones, y en diciembre apenas pasa por casa.

Si hubiera traído a David, mi compañero de piso ni se habría enterado. Fantaseo con todo lo que podría haber sucedido en ese dormitorio, bajo esas sábanas de la última noche, y antes de darme cuenta he terminado de subir las interminables escaleras hasta el ático, donde el enorme San Bernardo de Pablo me recibe con su habitual entusiasmo, arrancándome una sonrisa algo triste.

Después de una ducha rápida, me tumbo en la cama y pienso en todo lo sucedido. Por un instante, me imagino regresando al Carpi Café antes de ir al aeropuerto, inventando una excusa

para verlo una vez más, quizás pedirle su teléfono o, al menos, despedirme de él de una manera que no parezca tan definitiva.

Pero no. Vaya tontería.

Además, mañana David libra, así que ya da lo mismo. Vaya o no vaya, él no estará.

La vida real no es una película, y no hay ninguna garantía de un final feliz. A veces, las historias simplemente... terminan. Lo importante es seguir adelante, trabajar, y hacer algo útil con mi vida.

Y yo tengo una misión trascendental: si no pude cuidar del abuelo cuando me necesitaba, al menos cuidaré de otras personas como él. Eso es lo más importante, y no un violonchelista con barbita al que apenas conozco.

Doy vueltas en la cama, intentando sacar a David de mi mente. Quizá, si la electricidad hubiese tardado un poco más en regresar, podríamos habernos acercado más. Pero todo quedó en una posibilidad. En serio. ¿Por qué tienen que reparar las averías tan rápido? Y luego dejan los baches años y años en las aceras. ¿Por qué? ¿Por qué?

Con un suspiro, cierro los ojos y trato de conciliar el sueño. Pero en lugar de dormir, repaso cada instante de la noche.

Me doy cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, tengo un deseo navideño. No tiene que ver con regalos, vacaciones ni viajes. Solo quiero que, algún día, en alguna ciudad, al final de una jornada cualquiera, alguien esté esperándome para compartir una copa de vino y anécdotas; alguien que me dé un beso de buenas noches y me escuche cuando necesite desahogarme. Sí, tengo amigas, pero a veces, la vida con este horario tan caótico se vuelve increíblemente solitaria. Por si el destino me está escuchando, añado en voz alta:

—Y que lleve un delantal. Y una bandeja de magdalenas... y un mocho.

Luego me lo pienso un poco mejor y añado:

—Y que sepa tocar el chelo.

Ya está. Todo datos genéricos, sin referirme a nadie en particular.

Sumida en ese pensamiento, dulce pero fantasioso, se me cierran los ojos y finalmente logro dormirme.

A la mañana siguiente, me despierto con el sol de diciembre iluminando el ático. En Barcelona, incluso en diciembre, el clima es benévolo, casi primaveral. Pero hoy parece que la ciudad misma quisiera despedirme con un día espléndido. Me ducho, me visto y voy a la cocina a prepararme el desayuno. Luego iré al Corte Inglés, a comprar un par de regalos para mi madre y mis amigas.

Mientras me organizo mentalmente, llega un SMS de mi madre:

«Tráeme un traje de sevillana y una peineta.»

Al momento llega otro:

«Y unas castañuelas para tu tía Eloise.»

Pongo los ojos en blanco y contesto:

«Los trajes de sevillana son típicos de Sevilla, mamá, no de Barcelona.»

«¿Entonces qué? ¿Un traje de barcelonesa?»

Dudo un momento. ¿Eso existe? No tengo ni idea. ¿Sabes qué? Me da igual. Me suena haber visto trajes de flamenca en las tiendas para turistas.

«Vale, te llevo el traje de sevillana. Un beso. Nos vemos pronto.»

Me preparo un café solo y me lo sirvo en una taza medio rota, pensando en mi madre y mi tía. Viven juntas en su casa en las afueras, y siempre van juntas de compras y de viaje. Cuando vuelva me quedaré con ellas un tiempo, hasta que encuentre algún apartamento más cerca de mi nuevo trabajo.

El San Bernardo entra en la cocina, tirando una silla a su paso. Madre mía, este perro es como un huracán. Me agacho a recogerla y, al hacerlo, advierto un pequeño estante con especias junto al horno. Casi todas están vacías, pero hay un frasco bastante grande de canela.

Lo cojo, dudando, y lo destapo. La verdad es que huele bastante bien.

Recuerdo las palabras de David.

«Lo hace más dulce.»

«Por si querías probar algo nuevo.»

¿Quiero probar algo nuevo?

No estoy segura, pero le echo una pizca de canela a mi café solo y, la verdad, no está del todo mal. Sabe a hogar, a navidad... al Carpi Café y a su ambiente cálido y cercano. Al casi-beso de David.

Maldita sea, lo voy a echar de menos.

Al salir del piso, veo el vasito de papel que me entregó cuando me marchaba. Sigue ahí, sobre el mueble del recibidor. Por un instante, imagino cómo sería volver a pasar por el café, quizás para pedirles otro vaso, o para despedirme “formalmente”. Pero me doy cuenta de que es absurdo. No quiero incomodar a nadie, y David seguramente ya ha pasado página. Por ese café pasan muchas chicas como yo. Chicas que no están a punto de marcharse para siempre.

Agarro el vaso, cierro la puerta y bajo las escaleras. Camino hacia el taxi con el vasito en la mano. Observo el logotipo de la cafetería impreso en ambos lados. Al agitarlo, oigo un suave sonido dentro del vaso. Abro la tapa y, para mi sorpresa, encuentro una servilleta doblada con un mensaje escrito en tinta azul. En la nota hay un número de teléfono, seguida de una frase que me deja sin aliento:

«Ateneo. Fiesta Consulado. Sábado, 8 p.m. ¿Y si te pusieras la mascarilla tú primero?»

Mi corazón da un vuelco y, por un instante, el mundo entero se detiene.

5

David

Pienso en Sophie durante el ensayo con el grupo, y también el sábado, cuando me despierto.

Mientras preparo el desayuno, siento una fuerte tentación de pasarme por el Carpi Café, aunque sea mi día libre y no haya motivo para hacerlo. Pero, obviamente, es una tontería: ella tiene el vuelo esta tarde, y dudo que esté allí pasando el rato.

La imagino sentada en el sillón ocre de la esquina, y enseguida recuerdo que la jefa lo ha trasladado para instalar no sé qué tontería.

Así que ya no estarán ahí ni ella ni su sillón, y cuando yo regrese el lunes, será como si ella nunca hubiera existido. Como si nunca hubiera habido un apagón, ni un beso interrumpido entre nosotros.

Me suena el teléfono; es Lucas, mi compañero de trabajo.

«¿Tío, ¿estás en otro planeta o qué? ¿Se puede saber por qué no contestas desde ayer?»

Uf, es verdad. Lucas me envió una maqueta para que la escuchara. Se me había olvidado por completo. Así que respondo algo que no es del todo verdad, pero tampoco mentira:

«Estábamos con los últimos ensayos para esta tarde. Por cierto, ¿te vienes a ver el concierto?»

Tarda un poco en contestar. Mientras espero, me voy al baño a lavarme los dientes y miro la pantalla de reojo.

«Acabo de preguntarle a Amaya y dice que es por lo de la enfermerita mona. ¿Verdadero o falso?»

Suspiro. No pienso contestarle, pero él insiste:

«¿Entonces no vas a invitarla al concierto?»

«No.» respondo a secas, tecleando con un dedo.

«Qué pena. Me caía bien.»

Y a mí también, ¿no te fastidia? Pero no es tan sencillo. Apenas la conocía. Y ahora se ha marchado sin llamarme. Eso es lo único que sé con certeza.

LA TARDE DEL SÁBADO llega sin grandes cambios. Lucas me da un toque para asegurarse de que no he cambiado de idea sobre la invitación al concierto, y aunque le aseguro que todo va bien, en el fondo me siento un poco desganado.

Me bajo del metro en Plaça Catalunya y camino unos minutos hasta el Ateneo. La noche ya ha caído, y el edificio me recibe decorado para la Navidad, con luces doradas que envuelven las columnas de la entrada y se reflejan en los arcos y relieves de la fachada. Frente al portal, un gran árbol de Navidad está decorado con esferas rojas y blancas, y de él cuelgan cintas de terciopelo y pequeñas luces que parpadean.

Al entrar miro de reojo la biblioteca, que se adivina a la derecha; me dirijo al salón de actos, cuyas puertas están abiertas y dejan ver los techos altos y la gran lámpara de araña. Al fondo veo una gran mesa cubierta de aperitivos y copas de vino tinto y voy directo hacia ella. Alargo la mano al pasar y me meto en la boca dos canapés de quesos franceses antes de seguir hacia el escenario. No puede ser; todo me recuerda a ella. Hasta el maldito queso de las narices.

El resto del grupo ya está allí, y nos saludamos chocando las manos en plan colegas. Me pongo a afinar el violonchelo y ensayo algunas notas de un villancico navideño. Siento que la música será mi única compañía esta noche. Pero es la mejor compañía, y una que nunca me abandona.

Me parece ver a Lucas entrando. Se sienta solo, al fondo.

Ella no está, pero tampoco esperaba que viniera. Seguramente tiró ese vaso. O quizás ni siquiera vio la nota. A estas horas estará en el cielo, volando sobre las nubes, de regreso a París.

Cuando el concierto empieza, cierro los ojos y dejo que las notas fluyan, como siempre. Toco con una intensidad que me hace olvidar al público y todas mis preocupaciones. Imagino que cada nota de la música llega a alguien especial, a alguien que realmente puede entender lo que siento y compartirlo. Para mí, la música es más que un segundo trabajo: es la única forma de expresar todo lo que no me atrevo a decir. Gracias a ella, no necesito hablar para conmover a la gente y despertar sus sentimientos dormidos, y eso es la sensación más maravillosa del mundo. Porque, es un hecho: odio conversar y se me da fatal.

El concierto termina y recibimos un fuerte aplauso. Abro los ojos tras la última canción, como si despertara de un trance.

Lucas está al fondo de la sala, sonriéndome y levantando una copa como si brindara a mi salud. A su lado, noto una figura femenina que me resulta sorprendentemente familiar.

No puede ser. No, es imposible.

La figura avanza un paso, y entonces lo confirmo: es ella.

Es Sophie.

Está ahí, mirándome, con una sonrisa que hace que mi corazón dé un vuelco.

El público sigue aplaudiendo, pidiendo otra pieza. Mis compañeros asienten, y yo murmuro algo en voz baja. Nos ponemos de acuerdo.

Me pongo a tocar de nuevo, mi mente hecha un torbellino de emociones.

Esta es para ella. Su preferida.

Y creo que ella lo sabe.

Cuando terminamos de tocar el Canon de Pachelbel, mis manos están temblando. Siento que me he vuelto de piedra, y que tendré que quedarme en ese escenario para siempre, como una estatua.

Pero ella me hace un gesto desde el fondo, y, en ese momento, todo el mundo desaparece para mí. Sophie se acerca mientras estoy guardando el violonchelo. Se mira los zapatos, nerviosa. Noto que son rojos y de punta. Me gustan.

—Te veo fuera —murmura. Lleva los labios pintados también de rojo, y contrastan con los mechones oscuros que escapan de su melena.

Al salir, ella está esperándome en la acera. La encuentro hablando con Lucas, aunque este se esfuma de inmediato, como un auténtico mago.

Sophie lleva mi vasito de papel en la mano, y dentro de él está su cuchara preferida, esa con la extraña inscripción en francés.

Nos quedamos en silencio un momento, como si los dos necesitáramos unos segundos para asimilar que esto realmente está sucediendo. Luego, me tiende el vaso.

—Pensaba que no vendrías —le digo muy despacio—. ¿Qué ha pasado con tu vuelo? ¿Y tu nuevo trabajo?

—Probé el café con canela —responde, como si eso fuera motivo suficiente.

Sacudo la cabeza, sin entender.

—¿Café con canela?

—Sí —contesta, y saca la cucharilla del vaso, mostrándomela—. Me dijiste que debía probar cosas nuevas, y entonces recordé por qué llevo siempre esta cuchara conmigo.

—¿Porque Amaya no sabe fregar? —digo con voz entrecortada.

Sonríe y sacude la cabeza.

—No. Porque las cucharas sirven para dar. Las usamos para alimentar a un niño pequeño o para mezclar la medicina de un ser querido. Cuando mi abuelo falleció, guardé esta para recordarme que mi misión es cuidar de los demás. Pero también... —Pasa un dedo suavemente sobre la inscripción de *C. Chanceux*, perdida en sus pensamientos—. También podemos usarlas para nosotros mismos. Y ese debería ser su primer uso, ¿no crees? Es como lo de las mascarillas.

Pestañeo, cada vez más confundido.

—Las del avión —aclara—. No las de Amaya. ¿Es que no recuerdas lo que me dijiste?

Asiento y, por primera vez en mi vida, dejo que el impulso tome el control. Sin pensarlo demasiado, me acerco y la abrazo con toda mi pasión contenida. Nos fundimos en un beso que se desborda de emociones: mis labios sobre los suyos, mis manos sobre su espalda. Su cuerpo es menudo y suave, y despide un calor capaz de derretir el invierno en toda Barcelona. No puedo creer que esto esté ocurriendo.

Y, esta vez, sin un mocho de por medio.

Ha ocurrido todo tan rápido, desde nuestra despedida de anoche hasta este reencuentro inesperado. Su dulce aroma me embriaga mientras nos resguardamos el uno en el otro del gélido aire nocturno.

Cuando finalmente nos separamos, ambos estamos sonriendo, y todavía no puedo creer lo que acaba de suceder.

—Entonces... ¿qué ocurrirá ahora? —pregunta ella, sin dejar de mirarme.

—No lo sé —respondo, sinceramente—. Pero me encantaría averiguarlo.

Su sonrisa se ensancha, y me toma de la mano. Al otro lado de la calle, Lucas me hace un gesto, señalando hacia el metro para decirme que se va solo a casa. Es fantástico tener amigos que saben cuándo aparecer... y cuándo desaparecer a tiempo.

Sophie y yo caminamos juntos, sin rumbo fijo, como dos personas que finalmente han encontrado algo que ni el apagón, ni la distancia, ni el tiempo podrán ensombrecer.

Epílogo

Sophie

Seis meses después

Han pasado seis meses desde que decidí quedarme en Barcelona, y a veces todavía me pregunto cómo me atreví a hacerlo. Fue una de esas decisiones espontáneas que nadie espera que tomes, la clase de cosas que solo ocurren en los libros o en las películas. Pero aquí estoy, en mi nuevo hogar, construyendo una vida que nunca imaginé que tendría.

Por primera vez en mucho tiempo, estoy haciendo cosas que quiero hacer. No para cuidar de alguien, ni para complacer a nadie, sino porque me hace feliz. Sin más.

A veces me pregunto qué diría mi abuelo si pudiera verme ahora.

Conseguí un trabajo en una clínica privada y, aunque es diferente de mi trabajo en el hospital, sigo haciendo lo que me gusta, y ya no tengo turnos por las noches.

Y, cuando vuelvo a casa, sé que habrá alguien esperándome. Quizás no siempre con un delantal y una bandeja de canapés, pero sí con los brazos abiertos y dispuesto a escuchar cualquier cosa que necesite contarle.

Hace poco, David y yo alquilamos un pequeño piso juntos, no muy lejos del Carpi Café. Con cada día que pasa, siento que esta ciudad es el lugar al que pertenezco. El lugar donde debo estar.

Esta tarde, salgo un poco antes del trabajo y recibo un mensaje de David:

«Nos vemos en la puerta de la librería La Catedral Azul. Tengo una sorpresa para ti. ;)»

Camino por el Passeig de Gràcia, disfrutando del cálido sol de junio y el bullicio de turistas y locales que deambulan por las calles. Cuando llego a la librería, David está esperándome fuera, frente a la fachada azul tan característica del edificio. Tiene en la mano una bolsita de la librería, y su expresión de misterio me hace sonreír.

—¿Qué tienes ahí? —pregunto, curiosa.

—Unas partituras raras que había encargado para practicar. Ya sabes cuánto le gusta al librero rarito conseguir ediciones limitadas para sus clientes.

—Lo sé —respondo sonriendo. Ambos conocemos bien a Gabriel, el dueño de esa librería: le apasionan los libros raros, pero no tanto los bestseller. Seguramente por eso su negocio está al borde de la quiebra, aunque a él no parece preocuparle demasiado.

—Bueno... Esa no era la sorpresa — dice David, sus ojos brillando mientras guarda la bolsita y se acerca, tomando mis manos con ternura—. Pensaba que ya era hora de que nos tomáramos unas vacaciones juntos... de que hiciéramos algo especial.

—¿Especial? —pregunto, mordiéndome el labio.

David asiente, con una sonrisa cómplice.

—Mira dentro del libro. Hay algo para ti. Aunque no podrás saber lo que es hasta el sábado.

Río, divertida, y hojeo las partituras. Entre ellas encuentro un papel impreso: son billetes de avión, pero ha tachado el destino.

—¿A dónde vamos?

—Ya lo verás.

EL SÁBADO LLEGA MÁS rápido de lo que esperaba, y al amanecer, David me despierta con un susurro.

—Buenos días, dormilona.

Su voz es suave, y, medio dormida, apenas puedo abrir los ojos. Pero al ver su sonrisa y esa chispa de emoción en su mirada, no puedo evitar sonreír.

—¿Ya es hora de la sorpresa? —pregunto, estirándome con pereza.

Asiente y me da un beso en la frente. Luego, con un tono misterioso, me pasa un billete de avión y una nota que dice:

«Destino: París.»

— La última vez, cancelaste el vuelo —dice, con una sonrisa—. Creo que ya era hora de ir a ver lo que nos hemos estado perdiendo.

Siento que el corazón me rebosa de alegría y nostalgia. París es mi hogar, sí, pero ahora lo es Barcelona también. Y más aún, David es mi hogar.

El vuelo sale puntual, y el viaje es mucho más ameno ahora que puedo compartirlo con él. Llegamos a tiempo para el almuerzo, y después paseamos por la orilla del Sena, convertidos de pronto en un cliché andante parisino.

—Y, ahora, la verdadera sorpresa —dice David, con aire misterioso—. Te voy a llevar a un sitio muy, muy especial.

—No pensarás llevarme a la torre Eiffel, como si fuera una turista —le digo, medio en broma, medio en serio.

—Jamás haría algo así —contesta, fingiendo estar ofendido—. ¿Por quién me tomas?

Gira por una calle estrecha, y después por otra. Poco a poco nos vamos alejando de la zona más turística (a la que, sinceramente, solía ir muy poco durante mi vida diaria). Más allá se vislumbran comercios locales y gente enfrascada en sus tareas cotidianas.

—Cierra los ojos —me dice, y me toma de la mano.

Entramos en algún sitio que huele a café recién hecho. Me ayuda a sentarme y escucho a un camarero que deposita algo frente a mí.

—Ahora. Ábrelos.

Miro a mi alrededor y me encuentro en una típica cafetería de barrio: mesas redondas, sillas de madera curva y paredes decoradas con antiguos rótulos de madera.

—¿Y esto? —pregunto sin entender.

Alguien ha puesto una taza con un espresso doble delante de mis narices y, sin saber qué otra cosa hacer, saco el bolso y me pongo a rebuscar en busca de mi cucharilla, como suelo hacer siempre.

David chasquea la lengua, llamando mi atención.

—Creo que hoy no vas a necesitarla —me dice, haciendo un gesto que abarca toda la sala.

Solo entonces alzo la vista y me fijo mejor en el local.

En la pared, en un rótulo antiguo de madera tallada que sobresale tras el mostrador, puede leerse el nombre de este sitio en letras doradas y desgastadas:

CAFÉ CHANCEUX

Miro de nuevo la taza; junto a ella hay una cucharilla. David también tiene otra, y ambas son iguales que la mía, la que me llevé de casa del abuelo.

Toda la cafetería está llena de cucharillas con la inscripción *C. Chanceux*. Mi cucharilla única, al parecer, no lo es tanto, y aquí tienen cientos de ellas.

—Por eso me has traído aquí —digo, comprendiendo.

Miro las paredes del Café Chanceux y veo en ellas un rastro de historias, un legado de pequeñas cucharillas que han pasado de mano en mano, cada una con su propia carga de recuerdos, de amor y de esperanza. ¿Cuántas primeras citas habrán visto? ¿Cuántos amores y

desamores? Pienso que mi abuelo debió de venir aquí alguna vez, y siento que de algún modo él está aquí, en este lugar lleno de vida y de recuerdos. Por un instante, es como volver a tenerlo junto a mí.

—Gracias —susurro—. Este sitio es... perfecto. Y ahora creo que voy a devolver la mía.

David me mira, sorprendido.

—Pero... ¡si es tu cucharilla de la suerte!

Sacudo la cabeza, sonriendo, y le planto un beso en la punta de la nariz.

—Creo que ya me ha traído toda la suerte que necesito. Quizá ahora pueda dar suerte a alguien más.

Alzamos las cucharillas y chocamos los bordes, en un brindis silencioso. Con el eco de su tintineo, siento que todo cobra sentido: cada momento de oscuridad y cada café solitario me trajeron hasta aquí, y no querría estar en ningún otro sitio, ni con ninguna otra persona a mi lado.

~ Las historias del Carpi Café ~

LAS HISTORIAS DEL CARPI Café continúan con Gabriel, un librero peculiar, y Klara, una editora al borde de la desesperación. También conocerás a Lucas, el camarero cantautor; a Pablo, el pintor que vive en un piso en ruinas junto a su San Bernardo; y a Amaya, la chica de pelo azul que lo sabe *todo* sobre *todos*.

Has leído ***Amor en el apagón***, una novela breve que sirve de introducción a la serie *Carpi Café*. Te invito a seguir explorando este encantador mundo de romance contemporáneo en el primer libro oficial de la serie, ***Amor a pie de página*** (novela de longitud completa). Si ya las has leído, la historia continúa con ***Amor en construcción.***

En ***Amor a pie de página***, una editora ambiciosa se ve obligada a convencer a un librero anticuado de que le ceda su librería para la presentación del libro más ridículo de la historia...

KLARA

Klara siempre está rodeada de libros... y caos. Como editora, su vida gira en torno a manuscritos imposibles y autores excéntricos, y cuando su último encargo implica corregir una novela sobre zanahorias con poderes místicos, sabe que ha tocado fondo.

Gabriel

Gabriel tiene más amor por los libros viejos que por la vida social. Propietario de La Catedral Azul, una librería que no ha cambiado nada desde que se inventó la imprenta, detesta la modernidad y aún más a los *bestsellers* que ensucian las estanterías de las librerías comerciales.

El único problema es que sus principios no le dan de comer, y su librería está a punto de convertirse en historia antigua.

Pasa las páginas para leer el PRIMER CAPÍTULO GRATIS DE AMOR A PIE DE PÁGINA.

Amor a pie de página

Prólogo

Blog de Klara Comelibros, 2 de septiembre

Clásico del día: Frankenstein

Sinopsis:

Víctor Frankenstein une trozos de varios cuerpos diseccionados y termina creando un monstruo por accidente.

Conclusiones personales:

Hay cosas que no deberían juntarse en la misma novela porque el resultado puede ser terrorífico. Por poner un ejemplo, las zanahorias y el cosmos.

Nota: 4 estrellas sobre 5.

1

Klara

No sé si las zanahorias tienen sentimientos, pero esta de aquí está hiriendo los míos.

Dejo el boli a un lado, harta de hacer tachones sobre la tercera versión de *El bosque de las zanahorias vibracionales*. Ya sé que suena a broma, pero más quisiera yo. Es un título de verdad, y este libro va a ser publicado en menos de un mes por la editorial para la que trabajo. El autor es un *influencer* que saltó a la fama tras afirmar en las redes que podemos hacer los vegetales más sanos si conectamos con su energía vibracional. Ahora ha escrito una novela para ilustrar el concepto, y a mí me toca corregir el manuscrito. Por desgracia, mi futuro ahora pende de un hilo y está ligado al éxito de sus zanahorias cuánticas.

Levanto el boli y releo la misma frase por cuarta vez, con la cabeza a punto de explotar:

«La zanahoria rebelde sacudió su penacho y miró profundamente al triste humano de baja vibración.

—¡Percibo tus pensamientos negativos! —exclamó—. ¡Me duelen los pelos radiculares solo de hacer la fotosíntesis cerca de tu aura!»

Por más que lo leo no soy capaz de entender si se trata de una pelea, de una receta de cocina o una escena erótica escrita en metáforas.

Aunque, sinceramente, dudo que *Kieran, El Vegano Cuántico* (nombre real: Paco Pérez), sea capaz de escribir erótica de ningún tipo, y menos aún con metáforas.

Pero el caso es que Cecilia, mi jefa, no para de presionarnos para que terminemos a tiempo. Lleva meses prometiéndome un ascenso, que nunca sucede. Al final tendrá razón mi ex, Markus, que era un engreído, pero también bastante inteligente: siempre me decía que estaba perdiendo mi tiempo en esa editorial, y debería dedicarme a trabajar para él (gratis).

—Klara, ¿tú dirías que una zanahoria puede recular? —pregunta Paula, irrumpiendo en mi despacho sin previo aviso.

Le doy un sorbo más a mi café solo para darme cuenta de que está vacío. Suspiro y me levanto para ir a buscar otro, pero ella me bloquea el paso con un boli en la mano, como si fuera un guerrero con su espada. A estas horas, la oficina de la editorial es una ciudad fantasma donde solo quedamos Paula y yo.

—Espera —insiste—. Es que no me queda claro cómo puede *recular* si no tiene pies. ¿No sería mejor decir que *dio un saltito hacia atrás*?

Santa Calabaza, esto es el colmo.

—Son las once de la noche, Paula, y no sé ni cómo sigues hablando. Tengo los ojos pegados y el cerebro en *stand-by* —le respondo, pasándome la mano por la cara—. Si no me dejas pasar ya para que consiga otro café, no respondo de mis actos.

Paula se aparta lo justo para dejar que me escurra entre dos escritorios, pero sigue persiguiéndome por el pasillo desierto hasta la máquina expendedora.

—Mira, Klara, es que la jefa quiere que le entregue esto en dos días y yo tengo muchas dudas acerca del estilo de Kieran —continúa ella, enérgica como si se pasara el día bebiendo batidos orgánicos bendecidos—. Si lo piensas, la zanahoria solo tiene un tronco. O una pierna... no sé, ¿cómo lo llamarías? Y luego está lo del brócoli malvado. Cuando Kieran dice eso de que “cenaban sopa de verduras cada noche”, ¿cómo lo interpretas? ¿Está insinuando que es un

brócoli caníbal, o se trata de una licencia literaria? ¿El adjetivo correcto sería *cruel* o *sanguinario*? Porque, además, ¿los brócolis tienen sangre o savia?

—Paula... —respondo, con la moneda de un euro temblándome entre los dedos—. Me da igual lo que diga Cecilia. Estamos haciendo horas extras gratis para corregir un libro sobre zanahorias antropomórficas que hablan. Kieran tiene un millón de seguidores que comprarían hasta un libro de fotos de sus mocos, y sospecho que les dará absolutamente igual si el brócoli es cruel o sanguinario, porque no compran la novela por su calidad literaria, sino por el autor.

La máquina de café zumba con ese sonido mágico que anticipa al chorrito de café cayendo dentro del vaso. Aleluya, alabado sea el elixir de los insomnes. Cojo el vasito y me doy la vuelta para volver directamente a mi escritorio, antes de que Paula me pregunte alguna chorrada más.

—Bueno, ¿entonces qué? —chilla Paula, persiguiéndome—. *¿Reculó o brincó?*

—Paula, ¿por qué no brincas un rato a la pata coja en dirección a tu mesa, y así compruebas qué le pega más a una zanahoria iluminada? —le digo, incapaz de soportar esa tortura un minuto más.

—¡Eh, tampoco te pongas así! —se queja, aunque la veo sujetándose en una estantería para sostenerse sobre un pie.

Da un saltito y se muerde el labio, pensativa. Luego se aleja saltando como un canguro y murmurando algo para sí, y yo me concentro de nuevo en los pelos radiculares de mi protagonista.

—¡Ah, por cierto...! —dice, interrumpiendo su ejercicio y girándose hacia mí sobre una pierna—, vi a la jefa cuando se marchaba. Estaba echando pestes porque no contestaste a su email.

—¿Un email de Cecilia? —Sinceramente, con todo el lío del libro ni siquiera he abierto la bandeja de correo—. No lo he visto. ¿Y qué dice?

—Pues ni idea. Pero contéstale, que estaba cabreada. Dice que pasas de ella.

Suspiro y abro los emails. Tengo cincuenta y tres, y la mitad son de la jefa. Me ha reenviado el mismo treinta veces, tal y como suele hacer:

Asunto: Presentación de Kieran

Klara,

Necesito que vayas urgentemente a la librería La Catedral Azul y confirmes la fecha para la presentación del libro del Vegano Cuántico.

Luego pasa por la verdulería y recoge el género para hacer las pruebas de fotografía. Ya está todo encargado y pagado, solo tienes que recogerlo.

Cecilia Quintero

Directora General de Editorial Papel Reciclado

Pongo los ojos en blanco y cierro el mensaje. Me giro de nuevo hacia Paula.

—¿Por qué narices no va ella? Yo soy solo una editora junior. Eso no me corresponde a mí.

Paula se ríe en voz baja.

—Creo que estuvo llamando a la librería, pero el dueño es un ogro. Le colgó el teléfono y se niega a hablar con ella. —Paula se encoge de hombros alegremente—. Por eso quiere que vayas

tú. Eres más simpática.

Fantástico. Solo me faltaba también tener que organizarle la presentación al loco de las zanahorias. Como si corregir su esperpento de novela no fuera suficiente.

—Lo que sea. Mañana me pasaré. Ahora voy a seguir con esto, a ver si consigo terminar un par de capítulos más.

—Por cierto, muy buena la entrada del blog —comenta Paula guiñándome el ojo, y luego se marcha—. Menos mal que la jefa no sabe que eres tú, porque se te vio un poco el plumero... Pero me gusta. Divertida, atrevida. Como tú.

Cojo un trozo de zanahoria cortada, lo parto por la mitad y escucho el satisfactorio crujido. Luego lo mojo en el bol de hummus que compré esta mañana en el supermercado. Según Google, la cantidad de bacterias que se acumulan después de dejar el hummus tres horas fuera de la nevera sería suficiente para arrasar con un pequeño país europeo. Pero a estas alturas ya me da igual, y le doy un buen mordisco a la zanahoria.

—A ver si ahora reculas o brincas, maldita —le digo, y eso me hace sentir ligeramente mejor.

2

Gabriel

Acaricio a Kafka entre las orejas, justo donde más le gusta, y le acerco una zanahoria fresca. Es su aperitivo preferido, solo después de la lechuga que suelo comprar en la frutería de camino a la librería. Kafka, el conejo *belier* blanco, se ha convertido en mi único compañero desde que se marchó Patricia, aunque tampoco la culpo, viendo el estado de mi vida.

Bajo la mirada hacia la pila de cartas y papeles impresos que hay sobre el escritorio. Solo hay una que me guste, y es la de Yuri, el ruso desconocido con el que llevo varios años jugando una partida de ajedrez por carta.

Pero el resto de mensajes duelen más que un tenedor en el ojo cada vez que los miro, y me resisto a abrirlos. Entre ellas está el balance de mi contable, y contiene nuestra sentencia de muerte.

La mía, y de todos aquellos que honraron la verdadera literatura y se desvivieron por ella antes de mí.

Si no hago algo pronto, esta antigua librería no volverá a abrir sus puertas tras el final de este mes, y todo habrá sido para nada: los años de soledad, las noches de dedicación, los fines de semana tras el mostrador, esperando a clientes que nunca llegan.

La Catedral Azul ha sido siempre mi vida, mi inspiración y mi hogar. Con sus altos techos y vitrales que proyectan luces de colores cuando el sol entra, no puedo imaginarme sin ella. Mi familia fue la primera en restaurar la fachada y darle ese rico tono azul cobalto que la hace especial y única.

Pero las cuentas son claras: las ventas han caído, las deudas con proveedores se han disparado, y la única que entra aquí es la corriente, a través de los cristales rotos.

—Kafka, ¿te imaginas dejar todo esto? —le pregunto en voz baja—. ¿Te imaginas venderlo todo y trabajar de empleado en una multinacional, vendiendo libros malos, teles y patinetes eléctricos?

El conejo, como siempre, sigue masticando lechuga sin inmutarse. Desde que nos tuvimos que mudar aquí a tiempo completo, no sale mucho de la librería: seguramente por eso no entiende mi odio hacia los patinetes eléctricos. A veces lo envidio: su vida es mucho más sencilla que la mía. Me imagino cómo me sentiría si mis únicas preocupaciones fueran dormir, roer cables, y hacer cacas perfectamente esféricas. Cada día me parece más atractivo eso de convertirme en conejo doméstico.

Me levanto y entro en la trastienda, presidida por una mesa plegable con un tablero de ajedrez. Abro la carta de Yuri, que solo contiene un código impreso en una impresora de aguja, sobre papel pijama. El mensaje es escueto, como siempre:

«Kd6 64.»

Muevo el rey a la casilla d6 y sonrío.

Mala jugada, Yuri.

Esta tarde sin falta le contesto. Las reglas dicen que tenemos hasta treinta días para pensárnoslo, pero esta vez ni siquiera me hará falta.

A lo mejor estoy perdiendo en la vida, pero al menos ganaré en el ajedrez por correo.

Esta librería ha pertenecido a mi familia durante décadas. Siglos atrás, fue una pequeña iglesia gótica, más tarde desacralizada, y tuvo usos muy variados, desde albergar viviendas precarias hasta un polvorín camuflado. Luego mi tatarabuelo se hizo con ella y la restauró con mucho esfuerzo y trabajo, cuando estaba casi en ruinas. En sus últimas voluntades pidió que sus

sucesores continuaran su misión de vida, que se convirtió así en un objetivo familiar. Todas las generaciones de los Delmer juraron dedicar sus vidas a promover la literatura de calidad y hacerla visible, luchando contra los gurús del marketing sin escrúpulos.

Eso era un poco más fácil en tiempos de mi abuelo, cuando no había libros electrónicos, ni multinacionales gigantes; pero hoy en día no es sencillo que te salgan las cuentas si, por principio, te niegas a vender justo esos títulos que encuentras en la mesa de *bestsellers* de las librerías comerciales. A veces, cuando voy a la estación de trenes para visitar a mi primo José Luis en el pueblo, me paro en la sección de libros. Cada vez que lo hago me pregunto si solo existen seis autores en todo el país. A juzgar por la selección de títulos expuestos, uno diría que sí.

Nuestra noble misión, la misión de la familia Delmer, es encontrar tesoros ocultos, y ponerlos al alcance de la gente. Me he dedicado a esto desde que empecé a ayudar en la tienda con apenas catorce años. Ahora tengo ya treinta y tantos, y me siento como un Don Quijote moderno, luchando contra los molinos de viento de la tecnología y la literatura para las masas. Quizás es por eso que siempre he estado solo, pero tampoco es que me importe. Tengo a Kafka, que me alegra los días con su agradable compañía y, a diferencia de otra gente con la que he convivido, jamás causa problema alguno.

El monitor del ordenador se apaga de golpe, y suelto un taco en voz alta.

—¡Kafka, conejo malo!

Diantres. Ha vuelto a comerse el cable del monitor, y debe de ser el tercero que se zampa este año. Despego el post-it que hay sobre la pantalla, ahora apagada. En él pone: *comprar rollo de protector de cables.* Lleva ahí un tiempo, pero he estado bastante ocupado buscando maneras de vender libros. Lo pongo sobre la mesa y apunto: «*Comprar cable para monitor*». Kafka salta sobre el escritorio y bosteza, mostrando cuatro incisivos desproporcionadamente grandes. Tacho lo que acabo de escribir y añado: «*Comprar DOS cables para monitor*».

Suena la campanita y entra una clienta, la primera del día. Es una señora de aspecto amable, con el pelo grisáceo y un bolsito rojo de mano. No tiene pinta de turista; con suerte no viene a preguntarme por dónde se va a la Sagrada Familia, como la mayoría de los que pasan por aquí.

—¿Tiene el último de Carmen Muelas? —dice desde el pasillo, mirando los libros con desconfianza, como si acabase de aterrizar en un planeta alienígena.

—Pues no, justo ese no lo tengo —le explico, ya acostumbrado a esa pregunta—. Pero le puedo recomendar esos dos de ahí, que son de un estilo parecido. —Me acerco y le tiendo uno de mis preferidos, que tiene además una vistosa portada roja y blanca—. Mire este, por ejemplo. Es una novela negra titulada *Las hijas.* Lo ha escrito un autor local de gran talento, y está firmado y todo. Ganó un premio independiente el año pasado, en un certamen de thriller de Salamanca.

La señora mira el libro sin tocarlo y sacude la cabeza.

—No, no me sirve. Es que es para un regalo, y tengo que quedar bien. Mi hijo tiene poco tiempo libre, y solo le gustan los libros buenos de verdad. Ya sabe: esos que solo con ponerlos en la estantería hacen que la casa cobre un aire más digno. Libros famosos y con presencia... —Señala el libro que le ofrecía, negando con la cabeza—. Como entenderá, si uno solo lee dos novelas al año, tienen que ser de autores consagrados, y no... esto.

Se me disparan las cejas hacia el cielo, y aprieto *Las hijas* contra el pecho con aire protector.

—Claro —le digo resignado a la clienta, sabiendo que no voy a convencerla—. Tiene mucha lógica. Mire, ¿ve ese edificio de allí? ¿Junto al camión de la basura?

La mujer asiente despacio.

—Ahí encontrará una librería muy grande y famosa, y seguro que tienen todos los títulos que busca. Hasta puede que le regalen unos auriculares, si compra muchos.

La mujer se va feliz con su bolsito, y yo mientras me meto debajo de la mesa a intentar reparar la conexión de mi pantalla de ordenador.

—La gente ya no aprecia los libros si no los pueden poner en un selfi —gruño para mis adentros, mientras le pongo celo a la parte mordida del cable—. Solo les importa la portada, y los cantos decorados: lo de dentro da igual, lo mismo podrían poner la misma frase mil veces. ¡Malditos *bookstagrammers*! Por su culpa los libros se han convertido en objetos decorativos. ¡Eso de leerlos es cosa del pasado!

Un sonido familiar me saca de mis amargos pensamientos: otra vez la campanita de la puerta al abrirse.

—Señora, la librería que le decía está justo enfrente. ¿Es que no ve el cartel? Es enorme, amarillo plátano...

Saco la cabeza por debajo de la mesa, y Kafka, como siempre, se sube a mis hombros en un segundo.

Es en ese momento cuando la veo. Y me doy cuenta de que esta mujer... no es en absoluto la que yo esperaba.

Es una chica joven, menuda, pero con un aire elegante y desenfadado a la vez que me desconcierta. Su melena castaña brilla bajo la luz que se filtra a través de las vidrieras de la librería, creando destellos dorados que casi parecen intencionados.

No tiene una belleza clásica, pero es imposible no mirarla. Sus ojos, grandes e inquisitivos, escanean los estantes como si analizase cada libro.

Lleva una pila de libros bajo el brazo, y en la otra mano carga una bolsa de la que sobresalen... ¿zanahorias? Me sorprendo a mí mismo pensando que lleva esas zanahorias con sorprendente elegancia. Y entonces...

—¡Espere, no se mueva! —le digo, pero estoy atrapado entre las patas de la mesa y la silla, y tengo un conejo hambriento encima, que se me adelanta.

Kafka se lanza directo hacia ella, o, mejor dicho, hacia su enorme bolsa de zanahorias, y la derriba en medio del pasillo.

La mujer grita y cae hacia atrás, derribando un expositor, mientras el conejo devora zanahorias como si fuera una piraña blanca y peluda.

Salgo a gatas de debajo de la mesa y me planto junto a la clienta, y veo con horror que ha volcado la estantería que contiene los libros de tapa dura con cantos dorados, esos de edición limitada que valen una pasta y ya no voy a poder devolver a la editorial porque ahora tienen todas las esquinas dobladas.

—¿Qué leches es esta bestia fuera de control? —grita ella, mirando a Kafka con miedo.

Sigo a cuatro patas.

La miro a ella.

Miro mis valiosísimos libros arruinados.

Kafka se aparta de la recién llegada y me salta sobre la espalda, mascando zanahoria con un aire de absoluta felicidad.

—No sé si eres consciente, pero acabas de destrozar diez ejemplares de más de cincuenta euros —digo, intentando sonar serio y calmado, aunque es difícil cuando tienes un conejo encima y alguien acaba de estropear algunos de los libros más caros que tienes.

Ella se yergue un poco y empieza a recoger sus zanahorias.

—¿Yo? —responde molesta—. Yo no he sido. Ha sido ese maldito conejo. Pásale a él la factura.

—El conejo, que por cierto se llama *Kafka*, no tiene la culpa de que hayas entrado aquí cargando diez kilos de zanahorias. ¿Es que tienes una adicción, o qué?

Me mira con aspecto desafiante y aprieta la bolsa contra sí.

—Son para una sesión de fotos —replica defensiva.

Dentro de la bolsa diviso al menos cinco coles, y varias cabezas de brócoli. No sé qué clase de fetiches tiene esta chica, pero eso de hacerse fotos con verduras es lo más raro que he oído en mi vida. ¿Será algo del OnlyFans ese?

Tomo aire.

—Tendrás que pagar por los libros que has dañado —le digo con tono serio, el más serio que puedo conjurar mientras sostengo un conejo, rodeado de coliflores, a cuatro patas en el pasillo de mi librería—. Es la política de la casa.

—De acuerdo —responde de mala gana—. Te pasaré los datos de mi editorial para la factura. Cárgaselo a ellos. Y, ahora, si no te importa, me gustaría hablar con el dueño. —Desbloquea el móvil, consulta algo—. Se llama Gabriel Delmer. ¿Dónde podría encontrarlo?

Suelto al conejo y me cruzo de brazos.

Ya veo. Otra listilla de editorial que viene a decirme lo que tengo que vender. Pues se va a llevar un chasco.

—Aquí estoy. ¿Cuál es el problema?

La mujer me observa con una mezcla de incredulidad y sorpresa, pero en lugar de hacer un comentario sarcástico, su expresión cambia. Se levanta, se sacude la ropa, y me dice:

—Ah, pues encantada entonces. —Me tiende la mano, completamente cambiada y mucho más dulce—. He venido a hacerle una propuesta de colaboración.

Echa un último vistazo a Kafka, que se está terminando una zanahoria que le ha robado. Se lo piensa un momento y le tiende otra, especialmente tierna y anaranjada. Su nueva actitud me resulta más que sospechosa.

—Toma, pequeñín, esta parece más dulce —le dice, y luego se gira hacia mí con total seriedad—. Soy Klara Schultz, de la Editorial Papel Reciclado. Nos gustaría colaborar con su librería para un evento.

Me pongo de pie y me sacudo una hoja de col del chaleco.

—Si bien recuerdo, ya me llamaron ayer —respondo secamente—. Y les respondí lo mismo que a todos: no me interesan colaboraciones con grandes editoriales. Aquí solo apoyamos a pequeños autores de calidad. No vendemos literatura de masas.

Ella sonríe de manera un poco forzada, como si ya se hubiera esperado mi respuesta.

—Ya, pero esto es una gran oportunidad. —Hace una pausa, mirando alrededor como si se preparara para soltar una bomba. Luego baja la voz—. Se trata de alguien muy, muy famoso.

Alzo una ceja y ladeo la cabeza, invitándola a continuar.

—Se trata de... —Traga saliva, como si le costara decirlo, y luego suelta—. El Vegano Cuántico.

Parpadeo sin entender.

—¿Perdón? ¿Quién?

—¡El Vegano Cuántico! —repite, esta vez en voz alta, enfatizando cada palabra—. ¡Un millón de seguidores! Claro que lo conoces. Todo el mundo lo conoce. Kieran. Ni siquiera usa apellido, de lo famoso que es.

Me quedo en silencio un segundo, intentando decidir si me está tomando el pelo o no.

—¿Y se puede saber quién es ese tal Kieran?

—Pues es... —La chica mira con apuro hacia su enorme bolsa de verduras, eligiendo sus palabras—. Es un gurú de la vida sana que va a sacar su primera novela. Su teoría es que deberíamos comer solo verduras de frecuencia alta, para evitar desequilibrar nuestros chacras. Y, ahora... —Se muerde el labio en un gesto bastante sexi. Creo que hasta ella se da cuenta de lo ridículo que suena todo eso—. Ahora Kieran ha escrito una novela. En realidad, dos. Son cuentos poéticos que ilustran su teoría de las verduras cósmicas. La protagonista es... —Mira al conejo. Luego a mí. Se sonroja hasta las cejas—. La protagonista es una zanahoria.

Me observa, conteniendo la respiración. Se nota que se ha aprendido ese discurso de carrerilla y no es la primera vez que lo suelta.

Creo que mis pies se han vuelto de hormigón. Sí, acabo de quedarme hormigonado al suelo después de escuchar esa sarta de sandeces. Creo que jamás podré volver a moverme.

—A ver... —le digo, apoyándome en el borde del mostrador—. Si bien entiendo, quieres que promocione en mi librería a un charlatán de redes sociales que se ha vuelto viral vendiendo pseudociencia disfrazada de sabiduría ecológica. ¿Es correcto?

Ella niega repetidamente, con una sonrisa tensa.

—No, no es lo que piensas. Kieran tiene un montón de clientes satisfechos. ¡Solo mira los testimonios en su web! Todos de cinco estrellas. Sé que no es el tipo de autor que sueles promover, pero...

Resoplo y doy la vuelta al mostrador para acceder a la caja registradora. Quería sacarle la factura de todas las ediciones limitadas que acaba de cargarse, pero enseguida recuerdo que el monitor sigue sin funcionar, gracias al maldito conejo comecables.

—Te mandaré la factura a la editorial —le digo, zanjando el asunto—. Editorial Papel Reciclado, ¿se llama así?

—¡Espera! —insiste, apoyándose sobre el mostrador con todo el cuerpo—. ¿Eso es un sí o un no? ¿Qué le digo entonces al Vegano Cuántico?

La miro parpadeando, con la boca abierta de pura incredulidad.

—Dile que se vaya con sus zanahorias a otra parte.

—¡Pero estamos dispuestos a pagar lo que haga falta! —insiste.

—La Catedral Azul es una librería seria, y jamás nos venderemos, ni por todo el dinero del mundo.

El conejo me mordisquea los bajos del pantalón. Creo que, si pudiera hablar, aceptaría el trato en mi lugar. Por suerte, no puede.

—¿Cuánto? —dice ella desafiante—. ¿Cuánto pides?

Señalo hacia la salida, ignorando su pataleta.

—Nada. Ya te lo he dicho. Soy incorruptible.

—¿Diez mil? ¿Más toda la publicidad gratis?

Suelto un bufido. Suena tentador, pero yo soy un hombre de integridad. No me vendo, y no quiero ese tipo de publicidad. Prefiero hundirme como el Titanic, con todos mis libros. Ella, sin embargo, insiste:

—¿No te das cuenta? Se trata de Kieran, el super famoso nutricionista cuántico, el primero que...

—¡Largo! —le espeto—. ¡Y no vuelvas a pronunciar ese nombre en mi librería!

La campanita de la puerta suena de nuevo. Un cliente nuevo entra y nos interrumpe. Klara me mira fijamente, frustrada pero contenida, como si aún estuviera sopesando cómo volver a abordar la situación.

—Oiga, ¿tiene el último libro de Muelas? —me pregunta el recién llegado.

Esto no puede ser. ¿Es una maldición?

—Te aviso, Gabriel —me dice Klara en voz baja antes de irse—, no me rindo tan fácilmente. Y esa presentación se hará en esta librería, lo quieras o no. Ya lo verás.

Da un último vistazo a Kafka, se gira y sale de la librería, dejando tras de sí una estela de perfume cítrico y hojas de zanahoria.

Mientras la veo salir, miro las facturas amontonadas en el escritorio y siento un nudo en el estómago. ¿Y si está en lo cierto? ¿Y si ese estúpido *Vegano Cuántico* es la única oportunidad de salvar mi librería?

No. Nada de eso. *Mejor morir de pie que vivir arrodillado.* Resistiré lo que haga falta.

El cliente nuevo se marcha, decepcionado, sin siquiera despedirse. Lo veo entrar en la librería de enfrente, la de color plátano.

Madre mía. Voy a morir de pie, solo, y con un conejo entre los brazos.

Sigue leyendo la historia de Klara y Gabriel en:

Amor a pie de página

O continúa con la serie:
HISTORIAS DE AMOR Y CAFÉ
Amor a pie de página
Amor en construcción
Mi compañero de piso imperfecto

Un regalo para mis lectores

Si te enamoraste de los personajes que pasan por el Carpi Café, tengo una sorpresa para ti. Quiero regalarte una de mis novelas de fantasía, con la que podrás sumergirte en un nuevo mundo de misterio y romance.

Suscríbete a mi lista de correo y recibirás en tu buzón el libro ***La Ayudante del Vampiro.***

¿Qué sucede cuando una mujer aparentemente común se cruza con lo sobrenatural?

Julia recibe una oferta de trabajo de un atractivo extraño, que la arrastrará a un torbellino de secretos oscuros y olvidados. Esta es una historia de romances prohibidos, en la que Julia descubrirá la magia y el amor mientras desvela un misterio oculto entre las criaturas de la noche.

Consigue tu regalo aquí:

La ayudante del vampiro

https://subscribepage.io/evaaltongratis

Bonus: La banda sonora

Te invito a escuchar la banda sonora que escuchaba mientras escribía ***Amor en el apagón***. En primer lugar, encontrarás el *Canon de Pachelbel* para chelo, muy parecido al que interpreta David para Sophie en la cafetería. Escúchalo con los ojos cerrados para saber cómo se sintió Sophie mientras David tocaba para ella:

Escanea el código o ***haz clic en este enlace.***

Nota de la Autora

Amor en el apagón nació mientras caminaba por las calles iluminadas para las fiestas, aunque no navideñas. Me pregunté: ¿qué pasaría si, en medio de toda esta iluminación festiva, hubiera un gran apagón en toda la ciudad? ¿Y si dos personas agotadas, al final del día, se quedasen encerradas en el Carpi Café en la oscuridad, y esa oscuridad los llevase a un torrente de confidencias inesperadas? Si lo piensas, este tipo de situaciones hacen que cada uno saque sus secretos más profundos; más aún, cuando sabes que nunca volverás a ver a la persona que tienes delante.

Esa fue la chispa inicial (¿O debería decir "chispazo eléctrico inicial"?) a partir de la cual nació este relato sobre el amor, el autodescubrimiento y, sobre todo, la importancia de cuidar de nosotros mismos.

Amor en el apagón es una pequeña reflexión sobre cómo, aunque muchas veces dedicamos nuestra energía a los demás, la verdadera fortaleza viene de aprender a "ponernos la mascarilla primero", tal y como le dice David a Sophie. Es también un homenaje a todos esos profesionales que, como Sophie, trabajan en las sombras, sin esperar reconocimiento: sanitarios, cuidadores, y tantas otras personas que están ahí, día y noche, haciendo su labor mientras el resto celebramos en familia o descansamos.

Me gusta pensar que Sophie deja atrás el fantasma de culpa que la persigue desde que falleció su abuelo; llevaba demasiado tiempo creyendo que debía pagar por aquel pequeño error y anteponer siempre las necesidades de los demás a las suyas en compensación. ¿Cuántas de vosotras sois como Sophie? Si eres una de las que levantó la mano, te invito a ponerte la mascarilla primero de vez en cuando.

Este relato forma parte del universo del Carpi Café, una cadena de cafeterías imaginarias en Barcelona y otras ciudades, donde se cruzan mujeres ambiciosas y de carrera, hombres románticos y soñadores, y, sobre todo, personajes entrañables que, a través de sus historias, nos muestran diferentes formas de mirar la vida.

Si disfrutaste de *Amor en el apagón*, te invito a seguir con *Amor a pie de página*, la historia de un librero que va muy a menudo al Carpi Café... por motivos que ya descubrirás. Después de esa tienes *Amor en construcción*, que cuenta la historia de Lucas, el camarero amigo de David.

El resto de historias son más largas; ten en cuenta que *Amor en el apagón* empezó siendo un relato breve, aunque luego se extendió un poquito más de lo que esperaba. Me pasa siempre.

Espero que esta historia te saque una sonrisa y, si es posible, te haga pensar un poquito sobre la importancia de tu propio bienestar. Ponte esa mascarilla (de crema, o de lo que sea) y dedícate un ratito a ti mismo/a. Enciende unas velas si quieres, aunque no haya un apagón, y disfruta de la lectura. Y deja ese mocho a un lado. Te aseguro que los abrazos son mucho mejores sin él.

Con cariño (siempre) y café (a veces),

Carpe diem, y "***Carpi" Café.***

Eva Alton.

SI TE GUSTA LO QUE escribo, eres bienvenida/o a mi grupo de lectores. También puedes suscribirte a mi lista de correo para recibir noticias y ofertas especiales.

Grupo de lectores en Facebook:
https://www.facebook.com/groups/evaalton
Lista de correo:
https://subscribepage.io/evaaltonemail

PD: TE INVITO TAMBIÉN a leer mis otros libros:

- Serie *Los Vampiros de Emberbury*: empieza con ***La bruja extraviada*** (también hay un pack de 4 libros titulado ***Los Vampiros de Emberbury*)*.***
- Serie *Serenata Nocturna*: empieza con Iris y continúa con ***Selena, Luna de lobos.***
- Fantasía histórica: ***Notas Ocultas***, una novela que entrelaza la Guerra Civil con fantasmas, viajes por Europa y un tesoro perdido.

Agradecimientos

COMO SIEMPRE, NO PUEDO terminar sin dar las gracias a Riccardo, cuya chispa de creatividad es la pizca de canela que mejora cualquier historia; a mis lectoras beta, por su paciencia y dedicación para sacarle brillo a mis relatos y evitar un apagón creativo, y a todas las personas que me apoyáis en este camino, haciendo posible que mis libros salgan a la luz sin sufrir un cortocircuito. En fin... Soy incorregible, lo reconozco, pero es que no hay forma de desenchufar los chistes malos, una vez empiezan a fluir. Os estoy inmensamente agradecida. Seguid siendo como sois.

HISTORIAS DE AMOR Y CAFÉ

ÍNDICE

1
2
3
4
5
Epílogo
Amor a pie de página
1
2
Un regalo para mis lectores
Bonus: La banda sonora
Nota de la Autora